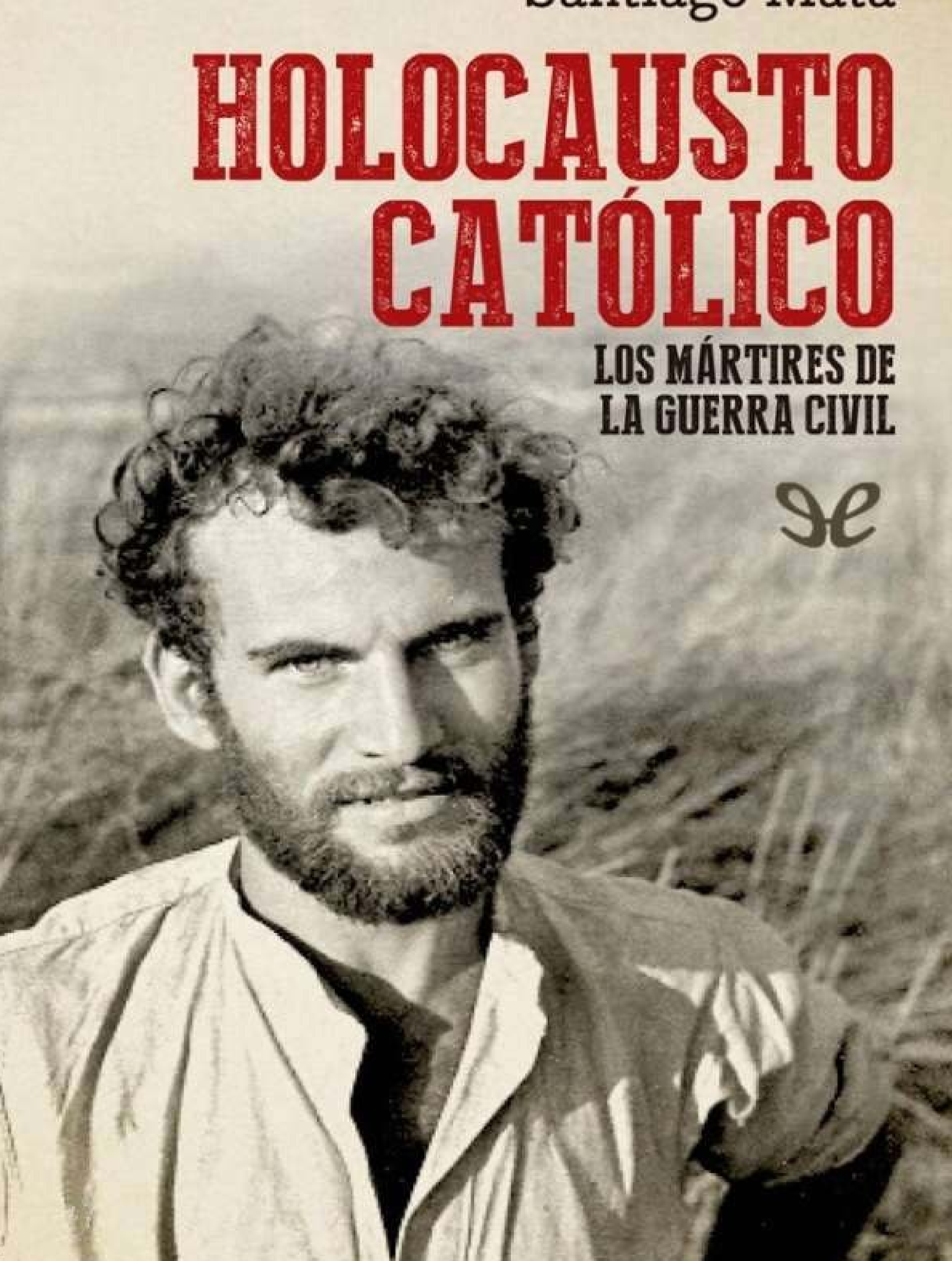
Santiago Mata

HOLOCAUSTO CATÓLICO

LOS MÁRTIRES DE LA GUERRA CIVIL



El hombre que parece interpelar al lector desde la portada de este libro es Martín Martínez Pascual, un sacerdote de veinticinco años. El 18 de agosto de 1936, instantes después de que Hans Gutmann Guster le hiciera esta fotografía, fue fusilado en su pueblo, Valdealgorfa (Teruel).

Santiago Mata presenta en este libro, por primera vez, las biografías de las más de 1.500 personas que, como este sacerdote, han sido proclamadas por la Iglesia «mártires del siglo XX en España». Ha tratado de que sean esas mismas personas las que «cuenten» quiénes eran y por qué murieron. De esta forma, quizá pueda comprenderse mejor un fenómeno cuya importancia resaltaba al regresar de España el escritor Ksawery Pruszyński, futuro embajador de la Polonia comunista en Holanda, al afirmar en un libro publicado en 1937: «Las principales víctimas de la Revolución francesa fueron los aristócratas y cortesanos; las de la Revolución rusa, los terratenientes y las de la revolución española, los curas».



Santiago Mata

Holocausto católico

Los mártires de la Guerra Civil

ePub r1.0
Titivillus 11.01.2021

Título original: *Holocausto católico*
Santiago Mata, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A los que dudamos y vacilamos,
para que comprendamos que sí se puede.

«Y para que la grandeza de las revelaciones no me envanezca, tengo una espina clavada en mi carne, un ángel de Satanás que me hiere. Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: "Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad". Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte».

2 Corintios, 12, 7-10

Introducción

«Las principales víctimas de la revolución francesa fueron los aristócratas y cortesanos; las de la revolución rusa, los terratenientes y las de la revolución española, los curas». Afirmaciones como esta de Ksawery Pruszyński (1907-1950), que terminaría siendo embajador de la Polonia comunista en Holanda, no son habituales en quienes apoyaron al bando republicano en la Guerra Civil española. Incluso alguien tan crítico con el rumbo que tomaría la República como George Orwell reduce la persecución religiosa a poco más que una cuestión material al decir, en su *Homenaje a Cataluña* , que «algunos periódicos antifascistas extranjeros se rebajaron a la mentira lamentable de pretender que las iglesias solamente fueron atacadas cuando se utilizaban como fortalezas fascistas. En realidad, las iglesias fueron saqueadas en todas partes, y como cosa natural, porque se entendía perfectamente que la Iglesia española formaba parte de la estafa capitalista. En seis meses en España, solo vi dos iglesias intactas».

Si la destrucción del patrimonio cultural —Orwell opina, al referirse a la Sagrada Familia de Barcelona, que «los anarquistas demostraron tener mal gusto al no volarla cuando tuvieron la oportunidad»— resulta difícil de comprender, aún lo son más las matanzas de curas, por utilizar una expresión semejante a la de Pruszyński en su libro *En la España roja* . Ahora bien, ¿podemos entender la revolución española sin referirnos a ellas? Conocer el cómo y por qué de esas matanzas podría ser imprescindible, si es que tuvieron la relevancia que el polaco supone, para saber qué pretendió —y quizá por qué fracasó— la revolución española; lo mismo que conocer la revolución es imprescindible para comprender la Guerra Civil española; y lo mismo que conocer la historia de esa guerra civil puede ser imprescindible para comprender España.

Aquellos a los que la Iglesia católica da el título de *mártires* son solo una parte de los que murieron en ese fenómeno poco conocido, pero quizá más relevante de lo que sospechamos, denominado *persecución religiosa.* Dado que la Iglesia los considera particularmente significativos, parece hacerlos candidatos a una cierta presunción de relevancia histórica. Mi propósito es escuchar el mensaje que, con hechos o palabras, dejaron en esos momentos decisivos —los últimos— de sus vidas. Después, cada cual podrá sacar sus propias conclusiones.

Y no porque los siglos, o siquiera las ideologías, maten a las personas, sino para evitar referirse a un bando o a la propia Guerra Civil española, durante la cual tuvieron lugar estas muertes. Aunque hablar de los mártires de la revolución española sería, sin duda, una expresión más exacta que mártires de la Guerra Civil, y no

digamos que del siglo XX, habría que precisar que tal revolución española no es exactamente la de 1936, sino que empieza en Asturias en 1934.

Las obras que tratan sobre los mártires de la Guerra Civil española suelen emplear cientos de páginas para describir las circunstancias políticas del momento, explicando el cómo y por qué de la llamada *persecución religiosa,* antes de describir cómo se mató a esas personas. Tales introducciones parecen suponer que es casi inexplicable que personas que profesan una doctrina pacífica —como son, supuestamente, los cristianos— sean perseguidas, y aún más que lo sean *en España.*

Sorprenderse porque el cristianismo sea perseguido es, cuando menos, señal de que no se conoce lo que el fundador de esta religión dijo al respecto: «No es el siervo más que su señor. Si me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros; si guardan mi doctrina, también guardarán la vuestra» (Juan, 15,20). Otra cosa es que la sorpresa proceda de que tal persecución tenga lugar en España, por haber supuesto que este país es diferente en cuanto a «guardar» la doctrina cristiana: entonces tales introducciones tendrían por objeto explicar cómo España llegó a ser un país como los demás.

Parte de la complejidad —o del afán por explicar el fenómeno persecutorio— procede del carácter político de la persecución. Parece que tal clase de persecución sería más vergonzosa, por arrojar sobre la Iglesia la sospecha de intervención en política. Después de que Nerón acusara a los cristianos de quemar Roma, parece que todo discípulo de Cristo debería asustarse y mirar a derecha e izquierda antes de encender una cerilla. No es así, porque obviamente Nerón mentía. Tras mucho repetir que los católicos apoyaron a los partidos de derecha durante la República, y a Franco durante la Guerra Civil, quizá no se haya conseguido que los católicos dejen de participar en política, pero puede parecer que quien trate de explicar la actuación de los católicos durante la República y la Guerra Civil caiga, por su propio peso o por los prejuicios del lector, en uno de estos dos sacos: o el de quien trata de explicar cuanto hicieron los revolucionarios como justa respuesta frente al alineamiento político de la Iglesia con los «ricos» o la derecha; o por el contrario, en el de los que tratan de presentar a una Iglesia inmaculada, víctima de un ataque injustificado.

Con esos posicionamientos, se pierden los matices y la posibilidad de comprender cómo era España en los años treinta. Ambas posturas extremas seguramente conducen a tapar la boca a los protagonistas de estos sucesos, desinteresándose —unos por rechazo, otros dándolo por supuesto— de eso que quizá podían contar: su propia historia.

Cuando la Iglesia da a alguien el título de mártir, no está diciendo que tal persona no hubiera cometido ningún pecado, sino que aceptó una muerte —o un sufrimiento que mermó notablemente la duración de su vida— impuesta por ser cristiano, es decir, «por odio a la fe». Este «odio», por parte de su *agente,* puede ir o no asociado a una ideología política, puede tener o no motivos estrictamente religiosos; y por otra

parte tampoco depende de que el *paciente* viva ejemplarmente esa fe: solo se exige que la viva en el acto de aceptación de la muerte.

El hecho de haber causado martirios parece arrojar cierta sospecha de injusticia sobre el que adquiere el título de *perseguidor.* Pero no supone un juicio sobre las ideas políticas de unos u otros. Los emperadores romanos persiguieron a la Iglesia, pero esta no dejó de considerarlos legítimos gobernantes. El problema, como sabemos, es que la persecución del catolicismo en la Guerra Civil tuvo lugar mientras un bando pretendía quitar el poder a otro, que era precisamente aquel donde tenía lugar la mayor persecución.

El hecho de ser mártir no justifica la causa política en que el perseguido estuviera involucrado, si es que fuera el caso. Aceptar —que no buscar activamente— cualquier tipo de muerte, según la doctrina cristiana, es un acto cuyo mérito contribuye a borrar toda culpa, hasta merecer la gloria del Cielo en la medida en que tal aceptación implica conformidad con lo que se entiende como voluntad de Dios. Si la muerte se ha impuesto por ser cristiano, la persona así santificada merece además el título de mártir, ya que supone una especial identificación con Cristo.

En resumen, haber causado martirios no descalifica de por sí a un régimen político, ni ser mártir justifica de por sí las ideas políticas de quien sufre esa muerte. No debemos perder este punto de vista ni siquiera cuando los martirios tengan lugar en medio de una fuerte división política y de una guerra, incluso con tintes religiosos. Dicho lo cual, lo mejor es ver cada caso particular.

I
DE LA REVOLUCIÓN A LA GUERRA

La Revolución de 1934

La Revolución de 1934 tomó por sorpresa a los lectores del *Diario Palentino*, que el mismo 4 de octubre en que había de estallar podían leer que Barruelo (de Santullán) era noticia por «una reyerta por resentimientos particulares» entre los hermanos Fortunato y Emiliano Estébanez con los también hermanos Germán y Rufino Salvador Herrero, con «palos y armas blancas, resultando Rufino con una herida en el costado izquierdo, que con navaja de grandes dimensiones le causó su adversario Fortunato Estébanez».

Quien, en lugar de ese periódico local, comprara *El Socialista*, habría podido leer el 3 de octubre en el editorial «Vigilad el día de hoy», la reacción del PSOE ante la previsible entrada en el gobierno de ministros del partido que había ganado las elecciones un año antes —la derechista CEDA—: «Nuestra apelación a los trabajadores, a España, es concreta e imperiosa: ¡En guardia!».

Esa reacción se concretó al día siguiente en otro editorial, que, por encima de su titular interrogante, «¿Está ya resuelta la crisis?», encabezaba con un sumario que no dejaba lugar a dudas: «Trabajadores: Hoy quedará resuelta la crisis. La gravedad del momento demanda de vosotros una subordinación absoluta a los deberes que todo el proletariado se ha impuesto. La victoria es aliada de la disciplina y de la firmeza».

Según Juan Avilés (*Los socialistas y la insurrección de octubre de 1934*, p. 156), la entrada de los ministros de la CEDA no fue una causa, sino una simple señal para desencadenar una revolución decidida por el PSOE en virtud de otros razonamientos.

Entre las localidades donde halló eco la proclama socialista se cuenta Barruelo, en el noreste de Palencia, lindando con Cantabria. Que entre las víctimas de los sucesos de Barruelo hubiera un religioso es algo que no supieron los lectores del *Diario Palentino* hasta el 13 de octubre, cuando se publicó una nota del gobernador civil, que había visitado la localidad el día 10. Victoriano Maesso Miralpeix, abogado y diputado por Castuera-Llerena (Badajoz) de 1915 a 1919, fue el primer gobernador civil republicano de Huelva (17 de abril a 20 de mayo de 1931), por el Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux. Maesso —que murió en Madrid el 6 de agosto de 1981— asumió el cargo de gobernador de Palencia el 12 de diciembre de 1933 y resumía así lo sucedido en octubre de 1934:

Barruelo ha sido la pesadilla de todos los sectores de opiniones defensores del orden. La población rebasa los seis mil habitantes, en su mayoría socialistas de matiz revolucionario. Tenían en sus manos todos los cargos municipales y controlaban todos los servicios.

Disponían, pues, en un momento de exaltación revolucionaria, de grandes masas; si a esto se añade que tenían a su disposición también medios ofensivos poderosos, como se va descubriendo, que no fue posible requisar, a pesar de la actividad desplegada por la Guardia Civil, en repetidos registros y de su constante vigilancia para llegar al desarme, se comprenderá cual no sería la situación de aquel pueblo el día 6 del corriente en sus primeras horas, que declararon la huelga revolucionaria, cuando ya tenían la certeza que el día 5 lo estaba en diferentes capitales. No les importó que vieran en la mañana del día 5 que el puesto de la Guardia Civil se había reforzado hasta llegar al número de 10 parejas del Benemérito Cuerpo, y que la fuerza tuviera aquel día y aquella noche la vigilancia permanente que demandaran las circunstancias.

Sabían que con las masas electrizadas revolucionarias armadas, conseguirían reducir a la fuerza hasta la impotencia, obligándola a una defensiva, como así lo consiguieron, o a una capitulación.

Al mismo tiempo y en las primeras horas del día 6, que pusieron en práctica sus intenciones, cercando el cuartel de la Benemérita y atacándole con armas de fuego, bombas explosivas y líquidos inflamables, hirieron a la mitad de sus defensores, saciaron sus apetitos y sus proyectos criminales, atacando a los indefensos Padres Maristas, dando muerte al superior que arrastraron por las calles, en recompensa a la enseñanza gratuita que daba a algunos de sus hijos, destruían el templo parroquial y la Casa Consistorial, aquella que les había servido para controlar la vida municipal, reduciéndola por el incendio a pavesas, con toda su documentación, para borrar todo vestigio de los acuerdos que allí se habían adoptado, y toda prueba de mayor excepción que imposibilitase en absoluto en lo porvenir una bien ordenada inspección.

La vida y muerte del que será primer futuro «mártir del siglo XX en España», el marista Plácido Fábrega Juliá (hermano Bernardo) fue resumida en 1999 por el también marista José Diez Villacorta. Nacido en el pueblo ampurdanés de Camarella (Girona), Plácido Juan José fue el sexto de los ocho hijos de Pablo y María, colonos que pronto tuvieron que emigrar en busca de trabajo. Aún más traslados y miseria sufrió la familia al morir el padre en Sant Mori, cuando Plácido contaba cinco años. En 1899, Juan Fábrega, hermano mayor de Plácido, marchó a estudiar con los maristas (moriría con ochenta y nueve años en Uruguay en 1976). Animado por sus cartas, Plácido le seguirá con doce años, en 1901, recibiendo el hábito en 1904. En 1912 obtuvo el título de magisterio en Lleida.

Fábrega comenzó su actividad entre los mineros palentinos en 1925, como superior de una pequeña comunidad de tres maristas que llevaban una escuela con 150 hijos de mineros en Vallejo de Orbó, fundada en 1921 por la sociedad La Hullera Española, de los marqueses de Comillas. En 1928 dicha sociedad vendió esas minas y las escuelas de Vallejo y Barruelo a Minas de Barruelo S. A. Fábrega amplió la escolarización de los catorce a los dieciséis años —edad en que podía comenzarse a trabajar— y fundó la Juventud Católica, que daría más de una veintena de vocaciones maristas en Barruelo y Vallejo. Su participación en las actividades juveniles le llevaba a ser portero en los partidos de fútbol.

Desde 1931, el hermano Bernardo dirige la escuela de Barruelo, donde también amplía dos años la escolarización. Dirige la Mutual Escolar para ayudar a familias de accidentados en las minas y crea círculos de estudios para extender la cultura cristiana. Forma una orquesta y un coro, y da clases de francés, matemáticas y contabilidad para alumnos y mineros.

A quienes le animan a ser precavido frente a la violencia anticlerical —la casa del pueblo de Barruelo tiene 2.000 afiliados—, contesta Fábrega que «hace años que pido a Dios la gracia de ser mártir». Sus conferencias son interrumpidas por reventadores exaltados. Ante las leyes que prohíben los símbolos y educación religiosos, algunos maristas dejan la escuela de Barruelo, pero el hermano Bernardo sigue, vistiendo de civil y enseñando catecismo. La Guardia Civil tiene que proteger a los alumnos, que son 354 al comienzo del curso de 1934, con seis hermanos maristas.

Ya el 5 de octubre, uno de los revolucionarios sublevados amenazó de muerte, pistola en mano, al hermano Bernardo, en presencia de los alumnos. Prosiguieron las clases de ese primer viernes de mes, con misa y comunión general en la parroquia. Era San Plácido, onomástica del director, así que se dio la tarde libre. Los maristas de Barruelo y Vallejo se reunieron a comer. Por la tarde les atacaron con artefactos explosivos. Tras ser reducida la Guardia Civil e incendiados el ayuntamiento y la iglesia, tiroteaban la escuela marista. Fábrega propuso salir por la huerta hacia Aguilar de Campóo, por un boquete de la tapia que da al río Rubagón.

Son las cuatro de la madrugada del día 6 cuando una patrulla les sorprende apenas cruzado el río, y grita la contraseña: «¡Libertad!». El hermano Bernardo se identifica como director de la escuela y conversa con su captor para dar tiempo a que el resto huya. Dos disparos de escopeta le alcanzan en el pecho. Un marista escondido en la maleza le oye decir: «¡Perdón, Dios mío! Lo perdono, Señor. ¡Perdónalo, Virgen María! ¡Ay, Madre mía!». Otro religioso se refugia en una casa cercana. Los tres más jóvenes escapan hacia Aguilar.

El cadáver de Fábrega quedó en el campo hasta las 9 de la mañana, cuando, tras registrar la escuela en busca de armas de los derechistas, lo arrastraron a la huerta escolar, donde quedó abandonado. El 7 de octubre, ya tomada la localidad por las fuerzas del orden, es llevado al cementerio y se le hace la autopsia. El entierro se celebró el día 8 a las cuatro de la tarde. Un año después se le trasladó al mausoleo costeado por suscripción popular en cuya lápida se lee: «Al hermano Bernardo Fábrega, educador y apóstol de la juventud. Vivió trabajando. Murió perdonando. 18 febrero 1888 - 6 octubre 1934». En plena Guerra Civil, en septiembre de 1937, se le dedicó la calle que bordea el edificio de las escuelas. El arzobispado de Burgos realizó entre 1946 y 1948 el proceso de beatificación, cuya causa se publicó en el Vaticano en 1950. La *positio super martyrio* no se presentó sin embargo hasta 1992. Fábrega fue beatificado el 28 de octubre de 2007, setenta y tres años después de su muerte.

Aunque haya sido el primer beatificado, el hermano Fábrega no fue el primer clérigo asesinado en la Revolución de 1934. Según Ángel David Martín Rubio las personas consagradas constituirían «en torno al 56 por ciento de los civiles muertos con ocasión de la violencia revolucionaria». De los 37 clérigos víctimas de la revolución, 14 han sido declarados mártires.

El 5 de octubre —día en que los revolucionarios quemaron en Oviedo el Convento de las Benedictinas de San Pelayo— mataron a dos religiosos y tres sacerdotes en Asturias, más uno en Cataluña:

- Manuel Muñiz Lobato, ecónomo de Valdecuna, Mieres.
- Baudilio Alonso Tejedo (Salvador María de la Virgen), novicio pasionista en Mieres.
- Amadeo Andrés Celada (Alberto de la Inmaculada), también novicio en Mieres.
- Venancio Prada Morán, regente de Sama de Langreo.
- Tomás Suero Covielles, ecónomo de Moreda.
- Josep Morta Soler, párroco de Navàs (Barcelona).

El 6 de octubre quemaron la residencia de los pasionistas en Mieres, y además de a Fábrega, mataron al párroco de Muñeca (Palencia), Constancio Villalba Díez.

El día 7, quemaron el Convento de Santo Domingo y el Palacio Arzobispal de Oviedo, y mataron a siete seminaristas diocesanos y a un sacerdote:

- César Gonzalo Zurro (o Zurzo) Fanjul (veintiún años, 2º de Teología).
- Ángel Cuartas Cristóbal (subdiácono, veinticuatro años).
- Mariano Suárez Fernández (veinticuatro años; ordenado de menores).
- José María Fernández Martínez (o Muñoz, diecinueve años; 1º de Teología).
- Juan José Castañón Fernández (dieciocho años; 3º de Teología).
- Jesús Prieto López (veintidós años; 2º de Teología).
- José Méndez Méndez (seminarista).
- Graciliano (o Graciano) González Blanco, ecónomo de San Esteban de Cruces.

El 8 de octubre mataron a cuatro sacerdotes (dos seculares y dos religiosos) y a un hermano jesuita:

- Aurelio Gago Fariñas, secretario del obispado.
- Juan Puertas Ramón, vicario general de la Archidiócesis, en Oviedo.
- Vicente Pastor Vicente, padre paúl (Congregación de la Misión), en el matadero de San Lázaro. Al final no fue incluido entre las 522 personas beatificadas el 13 de octubre de 2013, y, según el relato de Josefina Salvo, «había sido conducido en la madrugada del 7 de octubre al matadero de San Lázaro acusado de ser fraile y fue fusilado en el mismo matadero al día siguiente, lunes 8 de octubre de 1934. Uno de los del piquete declaró ante el juez que no conocía su nombre, simplemente pidieron voluntarios para fusilar al fraile y él se ofreció y aunque disponía de cuatro balas, no gastó más que dos, porque vio que el fraile ya estaba muerto. En el siguiente grupo martirizaron al provisor y al secretario de cámara del obispado de Oviedo [los citados Gago y Puertas] y sus cadáveres, junto al del P. Pastor los llevaron al cementerio en un carro, ordenando al enterrador: “de estos que no quede

nada”, pero el enterrador tuvo buen cuidado de ponerlos en lugar de fácil identificación dentro de la fosa común».

- Emilio Martínez Martínez, sacerdote jesuita en Santullano, en Ujo, de viaje hacia Gijón con:
- Juan Bautista Arconada, hermano jesuita.

El 9 de octubre murieron las nueve víctimas que, después de ser beatificadas, han sido canonizadas, recibiendo con esa nueva confirmación de la validez de su testimonio y su ejemplo para los cristianos el título de santos. Además, mataron a un párroco de Oviedo. He aquí sus nombres:

- José Sanz Tejedor (San Cirilo Beltrán).
- Filomeno López López (San Marciano José).
- Claudio Bernabé Cano (San Victoriano Pío).
- Vilfrido Fernández Zapico (San Julián Alfredo).
- Vicente Alonso Andrés (San Benjamín Julián).
- Román Martínez Fernández (San Augusto Andrés).
- Manuel Seco Gutiérrez (San Aniceto Adolfo).
- Héctor Valdivieso Sáez (San Benito de Jesús), sacerdote argentino.
- Manuel Canoura Arnau (San Inocencio de la Inmaculada), pasionista de Mieres.
- Román Cossío Gómez, párroco de Santa María la Real de la Corte.

El 10 de octubre hubo dos víctimas en el clero asturiano:

- Joaquín del Valle Villa, párroco de Olloniego.
- Luciano Fernández Martínez, párroco de La Rebollada (Mieres).

Seis de los ocho hermanos de las Escuelas Cristianas que había en Turón en 1934 llevaban un año trabajando, pues llegaron disimulando su condición religiosa, ya que la Ley de Congregaciones de 1933 les prohibía la enseñanza. Otro llegó en abril y el último llevaba allí solo tres semanas. Atendían a 350 alumnos de entre cinco y catorce años. Antes que a ellos, el comité local detuvo en la madrugada del 5 de octubre a directivos de la empresa Hulleras del Turón (propietaria de la escuela) y miembros de organizaciones católicas o de derechas, y a varios sacerdotes, entre ellos el capellán de la escuela, cuya cuñada, que fue a la casa del pueblo a llevarle unas medicinas, contó a los religiosos lo sucedido, sugiriéndoles que se escondieran para no ser apresados. Los hermanos celebraban ese día el primer viernes de mes, motivo por el que había dormido en la escuela el pasionista Inocencio de la Inmaculada, que confesó a los niños. Los religiosos decidieron comenzar la misa inmediatamente, pero apenas iban por el ofertorio cuando llamó a la puerta una treintena de milicianos. El padre Inocencio decidió consumir las especies eucarísticas antes de que los llevaran

presos a un aula de la escuela socialista que funcionaba en la casa del pueblo. Allí hicieron quitarse al P. Inocencio el hábito religioso.

El día 8 llegaron varios miembros del comité, como Ceferino Álvarez Rey, que se declaró alumno agradecido de los hermanos de La Salle. Querían saber si el cocinero, Filomeno López López (hermano Marciano José) era religioso o simple asalariado —tras la Ley de Congregaciones de 1933, los lasalianos dejaron el hábito y siguieron trabajando sin él—, así como el nombre y condición de los demás. Intuyendo el peligro, estos decidieron confesarse ante su posible muerte. Otros detenidos siguieron su ejemplo. El párroco José Fernández y el coadjutor José Manuel Álvarez escribirían al respecto: «Una alegría de Cielo invadió los semblantes, una vez que terminamos las confesiones. Ya no temían la muerte. Todos estaban resignados a la voluntad de Dios y estaban seguros de que Él tendría misericordia de sus almas, si llegaban a cumplirse sus temores».

Mientras todos dormían, el párroco conversaba con el director de la escuela, José Sanz Tejedor (hermano Cirilo Bertrán), cuando llegó un grupo de fusileros acaudillado por Silverio Castañón y Fermín García, *El Casín*. El primero había logrado que el comité dictara sentencia de muerte, venciendo la resistencia de algunos como Leoncio Villanueva, jefe local de la masonería. Rechazó las peticiones de clemencia y se apresuró en la ejecución, teniendo que reclutar el piquete ejecutor en Mieres y Santullano, pues no encontró secuaces en Turón.

Empezando por los dos que estaban despiertos, el piquete mandó a los nueve religiosos y los dos sacerdotes quitarse los abrigos y entregarles cuanto llevaban, separándolos del resto de presos. Dijeron que los llevaban al frente y El Casín les preguntó qué armas sabían manejar. Contrariado al oír que ninguna, preguntó si no habían hecho el servicio militar. El relato de los sacerdotes dice que el hermano Augusto Andrés (Román Martín Fernández) dijo saber manejar el mosquetón.

Irónicamente respondió El Casín:

—¡Buen arma…! ¡Buen arma…!

Mandaron formar de tres en tres. Aludiendo al modo como llevaban a los niños a misa los domingos, uno dijo:

—Esto ya sabrán ustedes hacerlo bien.

Y después añadieron:

—¿Saben ustedes a dónde van?

Respondieron negativamente.

—Pues van ustedes al frente, a la línea de fuego, para que, al verles, nuestros enemigos dejen de disparar.

El señor párroco pidió permiso para hablar. Se lo concedieron.

—Entonces nos permitirán, al menos a los sacerdotes, vestir el traje talar. Si vamos de seglares, no seremos reconocidos y no se cumplirán los deseos de ustedes.

Contestó El Casín:

—De ninguna manera. Creerían que estamos en una monarquía. Y estamos en una república.

Los dos del comité, y alguno más que había entrado, se apartaron para deliberar. Se dirigieron al grupo después de haberlos contado:

—Once… y los dos carabineros, trece. Y estos no pueden quedar, pues irán a lo más recio de la pelea. Por tanto sobran dos, pues en la camioneta no hay sitio para todos, ya que han de ir varios de los nuestros para acompañarles.

Los carabineros eran el teniente coronel Arturo Luengo y el comandante Norberto Muñoz, apresados en Oviedo. Se dio una nueva orden:

—Salgan aquí los curas de la parroquia.

Obedecieron los dos (al capellán Tomás Martínez, por su enfermedad, lo habían dejado marchar). Les hicieron algunas preguntas y les mandaron quedarse.

A los demás, Castañón les indicó:

—¡En marcha!

Los sacerdotes alzaron sus manos para absolver al resto. Ante la fachada había unos veinte hombres armados. Habló Castañón:

—¿Saben ustedes a dónde van?

El hermano Augusto respondió:

—A donde ustedes quieran. Estamos dispuestos a todo, pues ya nada nos importa.

Castañón sentenció:

—Pues van ustedes a morir por rebeldes.

Salieron de dos en dos. Los carabineros iban al frente. El último lugar lo ocupó el padre Inocencio. Ocho o diez minutos tardaron en llegar al cementerio. Siguieron la senda que sube por la ladera de la montaña. Ante el cementerio tuvieron que esperar un rato. El enterrador no había acudido todavía. Se dio orden de avanzar hasta el centro del cementerio. Allí estaba preparada una zanja de unos nueve metros. Se les colocó ante ella. A unos trescientos metros, se alzaba el edificio del colegio, iluminado a aquellas horas de la noche.

Castañón dio la orden de fuego. Tras dos descargas, algunos que habían quedado con señales de vida recibieron un disparo de pistola. El hermano Cirilo y el teniente coronel Luengo fueron golpeados con una maza que había por allí. El enterrador recibió orden de echar tierra sobre los cuerpos. Lo hizo y se marchó pronto. Días después, detenido en la cárcel de Mieres, Castañón reconocía: «Los hermanos y el padre oyeron tranquilamente la sentencia y fueron con paso firme y sereno hasta el cementerio. Sabiendo a dónde iban, fueron como ovejas al matadero; tanto que yo, que soy hombre de temple, me emocioné por su actitud. Me pareció que por el camino, y cuando estaban esperando ante la puerta, rezaban en voz baja».

Al beatificarlos el 29 de abril de 1990, Juan Pablo II afirmó que «fueron conducidos a la muerte sin oponer resistencia alguna. A los ojos de los perseguidores, ellos eran reos de haber dedicado su vida a la educación humana y cristiana de los hijos de aquel pueblo minero». En el decreto de beatificación, se recordaba que los

hermanos de La Salle contaban con seis escuelas en Asturias antes de abrir en 1919 la de Turón, por la que habían pasado 1.200 niños. La motivación antirreligiosa del arresto viene resumida en el decreto citando las palabras de uno de los captores, que dijo: «Serían los mejores maestros del mundo, si no enseñaran el catecismo». Los nueve mártires de Turón fueron canonizados el 21 de noviembre de 1999.

Retomando el cómputo de víctimas de la revolución en el clero, el 11 de octubre los rebeldes dinamitaron la Cámara Santa de la catedral de Oviedo, matando a un canónigo, última víctima de la Revolución de 1934 en el clero secular: Francisco Sanz Baztán.

El día 12 fue asesinado el superior del Convento de los Carmelitas Descalzos de Oviedo, Eufrasio (del Niño Jesús) Barredo Fernández. Nació en Cancienes (Corvera, Asturias) el 8 de febrero de 1897. Terminados sus estudios fue ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1922 y destinado a Cracovia (Polonia) de 1926 a 1928. A su regreso fue a Burgos como director de las revistas *Ecos del Carmelo* y *Praga* y *Monte Carmelo*. En 1929 llegó a Oviedo, como profesor de Teología y el 8 de mayo de 1933 fue elegido prior de su comunidad. Ante la revolución, el P. Eufrasio buscó refugio para sus religiosos y trató de huir por la alta tapia de la huerta, pero se cayó y se luxó una cadera. Al empeorar, el 12 de octubre solicitó que lo llevaran al hospital. Los milicianos lo sacaron de la cama del hospital y lo condujeron al Mercado Viejo en el barrio de San Lázaro (Oviedo). Colocado de pie junto a un muro, y antes de recibir los disparos, se dirigió al pelotón: «Os perdono, hijos míos», y gritó tres veces: «¡Viva Cristo Rey!». Fue beatificado en 2007.

El 13 de octubre los revolucionarios incendiaron el colegio de las Recoletas de Oviedo y dinamitaron el edificio de la Universidad de Oviedo, quemando su biblioteca. Ese día fueron asesinados dos paúles, el sacerdote Tomás Pallarés Ibáñez y el hermano coadjutor Salustiano González Crespo, que cierran la lista de víctimas de la Revolución de 1934 en el clero regular, y que como su hermano de congregación Vicente Pastor, serán declarados mártires en 2013. Según el relato de Josefina Salvo, murieron «en la voladura de la cárcel donde los habían recluido los marxistas, junto a muchos sacerdotes y religiosos de Oviedo, entre ellos los carmelitas. La improvisada prisión era el edificio del Instituto de Enseñanza Media, antes Colegio de Jesuitas. Los marxistas decidieron acabar así con la vida de todos. El P. Pallarés apareció con el cuerpo atravesado por un poste del tranvía, pero había fallecido ya de un tiro certero en la nuca».

Si la de octubre de 1934 fue la rebelión de las izquierdas contra un gobierno en el que participaba la derecha ganadora de las elecciones de 1933, en julio de 1936 una sublevación militar de corte derechista se enfrentaría al gobierno de izquierdas ganador de las elecciones de febrero de 1936. Entre medias, conocemos el caso de un seminarista de Vic que, según Fernando Gómez Catón, «se dirigía a su casa de vacaciones, aún de sotana. José Moncosí Castells fue traicioneramente asesinado por

unos revolucionarios que fingieron darle protección y dispararon a su espalda, por la carretera de San Juan de las Abadesas» (Girona).

Un incendio para apagar otro

La quema de conventos e iglesias como reacción airada frente a un gesto de la derecha se había estrenado, durante la República, el 11 de mayo de 1931.

Tras la sublevación militar de julio de 1936, la primera iglesia incendiada en Madrid, hacia las cinco de la tarde del sábado 18, fue la de San Andrés, que no se reconstruiría hasta 1999. Procedente de la plaza de la Cebada, una muchedumbre, en la que figuraban algunos guardias de asalto, llegó a la iglesia con latas de gasolina. El coadjutor José Varela salió huyendo, pero fue alcanzado y salvó la vida por la intervención de unos guardias, que se lo llevaron a la comisaría.

Una vez dentro, y ante los gritos de mujeres que lo pedían, se rociaron de gasolina y prendieron las paredes interiores de la iglesia. Los bomberos tardarían ocho días en apagar el incendio. Según Hermenegildo López Gonzalo, «los muchachos de Acción Católica, que eran de una fe acrisolada, llevaban más de dos semanas haciendo guardias por la noche y por el día, para impedir que la quemaran. Salieron a defenderla como pudieron, con pistolas, palos, etc., y allí mismo los acribillaron». Se salvaron la estatua de San Andrés del pórtico, un juego de misales con tapas de plata y dos cruces de plata ocultos en casas particulares. Del clero parroquial fueron asesinados el ecónomo Alfonso Sánchez y Sánchez, el teniente mayor Manuel López García de la Torre, los coadjutores Francisco Pérez Iglesias e Hilario Relaño Miguel y el colector Jacinto Guerra.

En la mañana del domingo 19 de julio de 1936, se produjeron incidentes a la salida de algunas iglesias. En la de los Dominicos de la calle Torrijos hubo muertos y heridos entre los feligreses. La de San Cayetano, en la calle Rivera, fue totalmente incendiada. También fue asaltada la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles y, ya en la noche, comenzó a arder la catedral de San Isidro. En las veinticuatro horas siguientes, serán asaltados e incendiados otros treinta y cuatro edificios religiosos en Madrid. Tras el asalto a la iglesia de El Salvador y San Nicolás, mataron al párroco y a cinco sacerdotes más.

La Iglesia ha beatificado como mártires, hasta el momento, a nueve religiosos asesinados el 20 de julio de 1936: tres carmelitas descalzos en Barcelona; dos dominicos, un hermano de La Salle y dos hermanas de la caridad en Madrid, más un salesiano en Sevilla.

El Convento de los Carmelitas Descalzos en la Diagonal (hoy en el número 424) se encontraba en la zona que el 19 de julio estuvo en manos de los sublevados. La ocupación del convento por los militares y su asalto por las tropas del gobierno al día siguiente se saldaría con la muerte de tres de los religiosos, al intentar salir del

convento: José Tristany Pujol (Lucas de San José), Juan Páfila Montelló (Juan José de Jesús Crucificado) y Antonio Bosch Verdura (Jorge de San José). Las circunstancias de la lucha en torno al convento las relata así Eduardo Palomar Baró:

> A las cinco de la mañana, tropas del Regimiento de Cazadores de Santiago han salido de los cuarteles y cuando desembocan por el Paseo de Gracia con la avenida 14 de Abril (Diagonal), son recibidos por los milicianos con una descarga cerrada. Ante este ataque inesperado, el coronel Francisco Lacasa Burgos resuelve buscar refugio en el Convento de los Padres Carmelitas, situado en la esquina de la Diagonal con la calle de Lauria. Al coronel Lacasa le secundan el teniente coronel Vázquez Delage y el comandante Rebolledo, convirtiéndose el convento en un fortín que quedó sitiado por más de tres mil individuos armados de fusiles y dotados de considerable número de ametralladoras.
>
> A la madrugada estrecharon aún más el cerco y el ataque cobró inusitada dureza, sin que los defensores cedieran en su resistencia, ante lo cual la Generalidad trató de conseguir la rendición por otros medios, y así durante la mañana del lunes 20 de julio, envió al teniente de asalto Nicolás Felipe para parlamentar con Lacasa. Dicho teniente le comunicó que la casi totalidad de las fuerzas se habían rendido y que el general Goded estaba prisionero.
>
> El coronel Lacasa le contestó que no se rendirían y que continuarían luchando mientras les fuera posible resistir. Esta negativa enfureció a los sitiadores, que reanudaron el ataque con mayor intensidad. Hacia el mediodía reforzaron el asedio grandes contingentes de la Guardia Civil mandados por el coronel Escobar, el cual comunicó a Lacasa que su resistencia era suicida, exponiéndole unas condiciones honrosas para la capitulación. Se respetaría la vida de todos los que se rindieran; los heridos serían evacuados al Hospital Militar, y el resto de los prisioneros serían entregados a las autoridades militares de la región, para juzgarlos regularmente y determinar el grado de responsabilidades de cada uno; por último, la Guardia Civil se encargaría de los prisioneros y garantizaría la seguridad de todos.
>
> Como no había duda sobre el fracaso del alzamiento en Barcelona, Lacasa meditó su responsabilidad al entregar a una muerte cruel a los que peleaban bajo su mando. Consultó con sus oficiales, que deseaban seguir la lucha, pero, asimismo, todos deseaban salvar la vida de sus soldados. El coronel Lacasa se dispuso a cumplir el acuerdo, por lo que dirigiéndose a Escobar le dijo que ordenase el avance de la Guardia Civil, la única fuerza a la que estaban dispuestos a entregarse. Se adelantaron los guardias para recibir a los prisioneros, pero al mismo tiempo avanzó detrás de ellos la turba enfurecida, enarbolando fusiles y vociferando insultos y blasfemias.
>
> Al abrirse la puerta principal, y cuando salían los primeros prisioneros, el populacho rompió el cordón de guardias y ante su casi general pasividad, se entregó a una bárbara matanza. Caen a tiros, a machetazos, a golpes de culata, el coronel Francisco Lacasa, el teniente coronel Vicente Vázquez Delage, el comandante Antonio Rebolledo, los capitanes Claudio y Pedro Ponce de León y otros oficiales y soldados. Al coronel Lacasa le cortaron la cabeza, que la chusma paseó después en triunfo. Once padres carmelitas sufren el martirio, asesinados y destrozados a navajazos.

Esta cifra, como sabemos, debe reducirse a tres. Tristany, de sesenta y tres años, era el prior del convento. A los quince años ingresó en el seminario, y más tarde en el carmelo teresiano, siguiendo a su hermano Melitón (Ludovico de los Sagrados Corazones). Profesó en el Desierto de las Palmas (Castellón) en 1891. En 1899 fue ordenado sacerdote. Redactó varios comentarios a obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Tras pasar por Tarragona y México, fue vicario provincial de Cataluña entre 1908 y 1913. Volvió a América como pro-vicario provincial y superior de Tucson (Arizona), provincial y definidor general de 1921 a 1925, viviendo en Roma hasta 1933. En 1936 fue elegido prior de Barcelona, y provincial. La mañana del 20 de julio de 1936 salió del convento acompañado de dos guardias civiles y un militar. Este último fue abatido a tiros. El padre Lucas intentó cruzar la Diagonal para huir,

pero fue reconocido como religioso por los milicianos, que le golpearon y dispararon, cayendo muerto a pocos metros del convento.

Juan Páfila Montelló, de veinticuatro años, ingresó a los dieciséis en el Seminario Menor de los Carmelitas Descalzos de Palafrugell, con intención de ser sacerdote; pero luego optó por ser hermano y profesó en 1930 en Barcelona, donde desempeñó el oficio de portero. El día 20 de julio de 1936, vestido de seglar, intentó salir del convento por una puerta lateral, en compañía de otro religioso, pero fue reconocido como tal por los milicianos que rodeaban el edificio y abatido a tiros pocos metros más adelante.

Antonio Bosch Verdura ingresó con doce años en el seminario local y a los quince se hizo carmelita en el Desierto de las Palmas. Ordenado sacerdote en 1915, marchó como director del Seminario de Palafrugell, hasta que en 1929 lo eligieron prior de Barcelona, donde promovió asociaciones como la Semana Devota y la Pía Unión de Santa Teresita. Al abandonar el convento el 20 de julio de 1936, la Guardia Civil intentó evacuarle en un coche, pero alguien subió detrás y, de una patada en la nuca, lo dejó muerto o inconsciente. Tenía cuarenta y siete años.

También esa mañana, hacia las once horas, fue asesinado en Sevilla el salesiano Antonio Fernández Camacho, de cuarenta y tres años, natural de Lucena e hijo único que pronto quedó huérfano de padre. Marchó con su madre a Sevilla e ingresó en las Escuelas Salesianas de la Santísima Trinidad, donde hizo profesión religiosa en 1909. En la capital andaluza fue ordenado sacerdote en 1917. En la tarde del 19 de julio tuvo que extinguir el fuego provocado en el taller de carpintería de la escuela de artes y oficios de la Trinidad, y como otros religiosos, buscó refugio en casa de amigos. El estudiante interno Arsenio Ortiz Moreno, que le acompañaba, relatará en 1954 lo sucedido:

> A primera hora de la tarde del domingo, 19 de julio, salí del colegio para acompañar a don Antonio que vestía de paisano. Dada la poca seguridad que ofrecía, en especial durante la noche, el barrio de la Trinidad, don Antonio pernoctó en la pensión de la calle Corral del Rey nº 12, propiedad de unos parientes de los hermanos Menacho, antiguos alumnos suyos. A la mañana siguiente, lunes 20 de julio, celebró a las ocho la misa —que yo le ayudé— en la capilla del Protectorado del Niño Jesús de Praga. Tomado el desayuno, lo acompañé a la calle Feria, a hacer una breve visita a los parientes de su antiguo alumno Rodríguez Villar. Desde allí fue a ver a su anciana madre, que residía temporalmente en la casa de Hijas de María Auxiliadora, de calle Castellar nº 44.
>
> Terminada la visita (serían las once de la mañana), nos encaminamos hacia la plaza de San Marcos, para volver al Colegio de la Trinidad. Al desembocar en la plaza, frente a la iglesia [incendiada], nos sorprendió una barricada, custodiada por milicianos rojos. Don Antonio intentó volverse, pero un miliciano armado de mosquetón le obligó a proseguir adelante, pidiéndole la documentación: «La he dejado en casa», haciendo ver la cartera, vacía. «¿No sabes que en estos tiempos no se puede andar indocumentado?», le replicó un miliciano de alta estatura, mientras lo cacheaba. De uno de los bolsillos le sacó un reloj, de cuya cadena pendía un crucifijo. «Entonces, ¿tú crees en esto?».
>
> Don Antonio permaneció con la cabeza baja, sin proferir palabra. El miliciano alto exclamó: «¡Si este es un cura que veo pasar por aquí con frecuencia!». Y sin más un miliciano corpulento, que empuñaba una pistola, a un metro de distancia, disparó tres o cuatro veces contra el acusado, hiriéndole en el costado derecho. Don Antonio cayó a tierra, solicitando ayuda. Aturdido, no pude oír sus precisas palabras. Aproveché la confusión y me escabullí con disimulo. Corrí al Colegio de la Trinidad para referir al Sr. Director y Superiores lo sucedido.

Otro testigo refirió las palabras de Fernández Camacho: «“Por favor, llevadme a la Casa de Urgencias porque me muero”. Pensaron hacerlo, pero uno se opuso por temor a ser descubiertos y optaron por arrastrarlo entre varios hacia la calle San Luis». Según otra testigo, «entre el nº 7 y 9, lo hicieron sentar bajo mis ventanas con el cuerpo encorvado. Al abrirle el cuello de la camisa y ver el crucifijo y el escapulario, uno de los milicianos dijo al otro: “¿No te das cuenta que es un fascista?”. Y a bocajarro, le dispararon. Murió desangrado». Su cuerpo no apareció, y se supone que lo arrojaron a los rescoldos de la iglesia de San Marcos o a los de la de Santa Marina.

En Madrid, supuestamente cerca del cementerio de la Almudena, fue asesinado ese mismo día Vicente López y López, hermano Virginio Pedro en la Congregación de las Escuelas Cristianas (La Salle). Hacia mediodía, habría que situar la muerte de dos de los dominicos del convento de Atocha, dado que el convento y la basílica fueron asaltados como preparación al asalto del adyacente cuartel de María Cristina, sede del Regimiento de Infantería de Wad-Ras nº 1. Las circunstancias de la rendición de este regimiento aparecen en los relatos de varios protagonistas, recogidos por la Causa General (la investigación de la justicia franquista en la posguerra sobre crímenes cometidos en el bando republicano) en el legajo 1517, expediente 8. Así, el capitán de dicho regimiento Rafael Maceres Maya, en una declaración firmada el 17 de mayo de 1940, deja claro que en la tarde del 19 de julio las fuerzas de dicho regimiento no tomaron posiciones en la basílica y convento de Atocha: «Sobre las 10 de la mañana [del 20 de julio] se intensifica el fuego proveyéndose a la tropa de cascos de acero, siendo atacados desde la torre de la Basílica de Atocha y del edificio en construcción de la División desde donde les baten de flanco todos los patios».

Con la rendición se evitó una masacre en el cuartel de María Cristina, pero no tuvieron esa suerte los dominicos Luis Furones Furones y Jacinto García Riesco, de cuarenta y tres y cuarenta y un años de edad respectivamente. El primero, nacido en Abraveses de Tera (Zamora), cambió su nombre (Abraham) por Luis al tomar el hábito, pero era conocido por el apellido Arenas, de su abuelo paterno. Hizo su profesión solemne en 1914 y desde 1917 era sacerdote. Fue misionero en Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica; fue superior de la casa de Santa Ana, en El Salvador (1929-1931), de donde pasó al Convento de Santo Domingo de San Salvador (1931-1934). Intenso predicador de misiones populares, fue presidente delegado de la Junta Nacional para la Coronación de la Virgen de los Ángeles, patrona de Costa Rica. Regresó a España en 1935 con idea de volver a Centroamérica, pero en julio fue elegido prior de Atocha y tuvo que quedarse. El 20 de julio de 1936 había dejado a los religiosos en libertad para que tomaran la resolución que mejor les pareciera en aquellos momentos críticos. Durante el asalto, profanación e incendio del convento y la basílica, al salir los religiosos fueron insultados y amenazados de muerte. Al pasar por la calle de Granada hirieron

gravemente al padre José Tascón y asesinaron a fray Jacinto García. Furones fue gravemente herido y quedó en plena calle varias horas hasta que expiró, tras una agonía larga entre insultos y mofas.

Su compañero de martirio, fray Jacinto, había nacido en Calvillas, Somiedo (Asturias), y profesó como hermano cooperador dominico en Corias (Asturias) en 1921; saliendo dos años más tarde para las misiones de Urubamba y Madre de Dios (Perú) con el padre Gerardo Fernández; estuvo en Quillabamba, Maldonado y Patiacolla; de 1927 a 1932 en el Santuario de Santa Rosa en Lima. Debilitado por una enfermedad, tuvo que regresar a España. En 1933 estaba en San Esteban de Salamanca, después lo destinaron a Atocha. Su oficio estaba en la portería y la cocina, destacando por su caridad con los pobres. Consta que murió perdonando a sus ejecutores.

Hacia las 15.30 de esa tarde, morían en la carretera de Barajas las dos monjas beatificadas de entre las víctimas de ese día: Rita Josefa (Rita Dolores) Pujalte Sánchez y Francisca (del Corazón de Jesús) Aldea Araujo, religiosas del Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, de ochenta y tres y cincuenta y cuatro años de edad. La primera nació en Aspe (Alicante), de familia acomodada, e ingresó en 1888 en el instituto fundado por la madre Isabel Larrañaga en 1877, emitiendo sus votos perpetuos dos años más tarde. En 1891 era superiora del Convento de Santa Susana en Madrid, en 1894 del de San José en Fuensalida (Toledo), en 1896 maestra de novicias, y entre 1899 y 1928, superiora general, pasando después a vicaria general. Diabética y casi ciega, no pudo abandonar el colegio de Santa Susana cuando fue asaltado.

Le acompañaba en esas circunstancias la madre Francisca del Corazón de Jesús. Natural de Somolinos (Guadalajara), de familia sencilla y huérfana desde niña, fue acogida en dicho colegio e ingresó en el instituto a fines de 1899, habiendo sido precisamente la madre Rita Dolores su maestra de novicias. Hizo votos perpetuos en 1910 y se dedicó a la enseñanza, además de ocupar en el colegio —abierto en 1889 por la madre Larrañaga en el barrio de Ventas, funcionaba como curia general de la orden— cargos de superiora local, consejera, secretaria y ecónoma general. A pesar del peligro, la comunidad religiosa había permanecido en el colegio para atender a las niñas, y en particular la madre Rita Dolores rehusó en varias ocasiones buscar un lugar más seguro. La madre Francisca se comprometió a acompañarla. En cuanto tuvieron noticias de que la llegada de los milicianos era inminente, ambas se dirigieron a la capilla, disponiéndose a la muerte y perdonando por anticipado a sus verdugos, confiando en Dios. «Echémonos en sus brazos y que sea su santísima voluntad», dijo la madre Dolores.

Tras ser capturadas, y momentos antes de salir, recitaron el credo en la portería en presencia de los milicianos, quienes, fingiendo ayudarlas, las acompañaron hasta un piso cercano de una familia conocida. Allí rezaron ambas el rosario y dieron gracias a Dios por la posibilidad que habían tenido para prepararse al martirio ya tan cercano.

Hacia el mediodía fueron conducidas violentamente al interior de una furgoneta. No opusieron resistencia. Fueron fusiladas en la carretera de Barajas. Testigos presenciales se maravillaron de la serenidad de sus rostros y del perfume que desprendían sus restos mortales. Ambas están sepultadas, junto a la madre Larrañaga, en el Colegio de las Hermanas de la Caridad en Villaverde Alto (Madrid).

Cien mártires en torno a Santiago Apóstol

Cuatro son los beatificados entre las víctimas del 21 de julio: un hermano marista en Madrid, el párroco de Mora de Toledo y dos salesianos de la comunidad de Morón de la Frontera (Sevilla). A partir de ahí las cifras aumentarán notablemente: quince beatificados cuyo martirio ocurrió el 22 de julio, cuarenta asesinados el día 23 y 27, en la víspera de Santiago Apóstol, que a su vez sería probablemente la más sangrienta matanza en la historia de la Iglesia española, ya que solo los beatificados como mártires de ese día suman hasta hoy treinta y tres.

En Madrid, el martes 21 de julio fue asesinado el hermano León Argimiro García Sandoval, de veintitrés años, que llevaba en el colegio marista de la calle Fuencarral desde 1932. El lunes se presentó allí un grupo de milicianos. Después de tirotear la casa durante un buen rato, entraron y detuvieron a los maristas, custodiándolos en la portería, pistola en mano, y manteniéndolos con las manos en alto. Mientras tanto, se produjo una discusión entre los milicianos y un sirviente del colegio, y aquellos le pegaron un tiro. Al ver el cadáver, el hermano León Argimiro se desmayó. Los milicianos lo increparon por su supuesta cobardía, lo metieron en un coche que llamaban el *auto amarillo* y se lo llevaron. El 21 de julio de 1936 lo asesinaron en la Casa de Campo.

El párroco de Mora, Agrícola Rodríguez García de los Huertos, ha sido llamado protomártir del clero toledano por la persona encargada en dicha circunscripción eclesiástica —la Archidiócesis Primada de España— de estudiar las historias de los santos y promover las correspondientes causas de beatificación y canonización, el sacerdote Jorge López Teulón, buena parte de cuyos estudios aparecen reseñados en el blog que escribe en *Religión en Libertad*.[1]

Rodríguez García era de Consuegra (Toledo) y contaba cuarenta años al estallar la guerra. A los siete, marchó a estudiar con los maristas en Burgos. Ingresó en el Seminario de Toledo en 1908, se ordenó sacerdote diez años más tarde y en 1921 obtuvo el doctorado en Teología. Desempeñó encargos pastorales en Villacañas, Guadamur y Mora de Toledo. Llegaba al templo todos los días a las seis de la mañana, para rezar su breviario, confesar a los fieles y prepararse para la misa que celebraba a las nueve. Durante la República, pasó por la cárcel y por un destierro de tres meses. El 21 de julio fue la fecha en que la dotación de la Guardia Civil abandonó Mora de Toledo para congregarse en la capital de la provincia y, como en

muchos otros casos, fue la señal para que los revolucionarios tomaran el poder. A las cuatro o cinco de la tarde, según recordaba el testigo Luis Lillo, el párroco abría la puerta de la sacristía a los milicianos pidiéndoles que respetaran a las mujeres y el niño allí presentes: «Entonces dijeron: “Venimos solo a por ti, tira p’adelante”. Caminó por la acera unos diez pasos y oí una larga descarga, como si fuera de metralleta. Le vi caer boca abajo, con un boquete en el lado derecho de la espalda, y también vi cómo caían sus gafas por la acera. Luego, por miedo, salí corriendo hacia mi casa».

Otro testigo recuerda que «oímos desde casa una ráfaga de tiros y oímos decir a una vecina: “Ya han matado al cura”. Después vimos pasar por delante de mi casa un coche fúnebre con los restos de don Agrícola, por el cual asomaba el manteo, y no dudé que era el señor cura; sentado sobre él iba un individuo con un fusil en la mano, al cual no reconocí. Posteriormente se rumoreó que le remataron en una plazuela, en la que existe un pozo en la confluencia de las carreteras de Huerta y Tembleque».

Dos horas más tarde que el párroco de Mora, caían en la localidad sevillana de Morón de la Frontera los salesianos José Limón Limón (sacerdote) y José Blanco Salgado (cooperador), ambos de cuarenta y tres años de edad. Del primero, nacido en Villanueva del Ariscal (Sevilla), decía su párroco cuando contaba catorce años que «es de conducta ejemplar y se distingue por su piedad y por sus costumbres puras y religiosas». Se consagró a Dios como salesiano en Sevilla en 1912, y fue ordenado sacerdote en 1919. Trabajó cuatro años en Utrera y otros tantos en Cádiz, antes de dirigir la casa de su orden en Carmona (1927-1930), ser párroco y confesor de novicios en San José del Valle hasta 1933, dirigir la casa de Arcos de la Frontera hasta septiembre de 1935, y en adelante la de Morón. La causa de beatificación resume así su biografía: «Sencillo y bueno. En el año escaso que pasó en Morón se encariñó con los alumnos y el pueblo; despreocupado de sí mismo, se entregaba al bien de todos. Don José era un catequista celoso y de una bondad exquisita, no poniendo reparos cuando se trataba de ayudar a los hermanos. No le gustaba aparentar, dando siempre la preferencia a otros hermanos… Se desvivía para que las ceremonias y el culto resultaran dignos… En los recreos siempre iba rodeado de un tropel de niños. Buen religioso, la fama que tenía era maravillosa». Aún más escueto es el resumen de su hermana Concepción: «Era bien visto por todos. Y anhelaba morir por su ideal».

Para lo sucedido con los salesianos, el relato procede de Rafael Infantes, entonces estudiante de teología:

> Los rumores de golpe militar del 18 de julio 1936 no fueron confirmados hasta la noche por Radio Sevilla. Mientras escuchaban la radio, un empleado de la casa entró saltando la tapia del huerto para comunicarnos que en Morón unas patrullas de izquierdas iban por las calles, deteniendo sin violencia a los más destacados exponentes de la derecha. A los pocos minutos vimos cómo algunos guardias hacían una ronda cerca del colegio.
>
> La mañana del 19, después de la misa de las 8.30, el colegio permaneció inmerso en una soledad inusitada. Bien cerrada la cancela, quedamos en casa solo cuatro salesianos. A las diez se presentó un grupo de asaltantes dispuesto a hacer un registro. El buen director soportó impávido sus vejaciones y las

repetidas amenazas de fusilamiento. Yo los acompañé a la iglesia, donde lo husmearon todo sin cometer ningún desmán. Al Sr. Blanco, que les acompañó en el registro de la despensa y de la cocina, le habían puesto un cuchillo al cuello varias veces para que descubriera el escondite de las armas.

Prefirieron llevarnos a la cárcel, con las manos atadas para mayor vergüenza. Salimos tal como estábamos —el director y yo con sotana, don José con su traje de domingo—, recorriendo las calles más concurridas. La gente afluía curiosa. La comitiva se detuvo ante el ayuntamiento; nueva tentativa de fusilarnos por la espalda. Pero seis guardias municipales se hicieron cargo de nosotros y nos metieron en la cárcel. Eran las doce en punto.

Al día siguiente, lunes 20, temiendo que invadieran e incendiaran la cárcel, los guardias civiles consiguieron que, hacia mediodía, los treinta y dos encarcelados pasaran al cercano cuartel de la Guardia Civil. Nos defendían unos cincuenta y, entre ellos, José Blanco, mientras el señor director y yo estábamos con los hijos de los guardias, casi todos alumnos del colegio. Pero la resistencia resultaba inútil. El cuartel ardía por varias partes. Un grupo de los asediados acudió a don José Limón para confesarse, a lo que se prestó con serena bondad. Por la noche, dormitamos alrededor de la radio en espera de la aurora del martes, 21 de julio, día del martirio.

Desde la casa de enfrente incendiaron la puerta del cuartel. Al ver que el incendio invadía los locales, el teniente, habiendo hablado con los rojos, ordenó salir a las mujeres y niños que, tras despedirse con dolor, se dirigieron al ayuntamiento. Unos minutos de vacilación y también nosotros optamos por el peligro menos inminente: salir. Mientras íbamos hacia la puerta, yo empecé a despojarme de la sotana, interrogando con la mirada al Sr. Director, que me respondió: «Nos conocerán igualmente. Y si hay que morir, mejor con la sotana puesta». Salimos a la calle, manos en alto. Nos cachearon y nos mandaron avanzar hacia la plaza del Ayuntamiento. Vimos a más de veinte hombres parapetados en los balcones. Se oyó una descarga cerrada. Nuevos disparos. Y todos yacíamos en el suelo. Eran las siete y media de la tarde.

Una hora después, las sombras acompañaron el arrastre y amontonamiento de las víctimas en la caja de un camión, tras disparar de nuevo contra don José. Yo, gravemente herido por una descarga de perdigones, pude seguir de cerca su agonía, ya que mis pies se apoyaban en su pecho. Oía sus *¡¡ay!* sofocados, entremezclados con palabras de perdón: «¡Jesús, misericordia! ¡Perdón, Señor!». Recorrieron todo el paseo, dejando en el suelo, junto al último farol, las once víctimas. Don José, arrojado de un golpe, dejó escapar un débil ¡ay!, último suspiro truncado por una descarga que acabó con su noble existencia. Eran las diez de la noche del 21 de julio. Al fin todos los milicianos se marcharon, y se hizo el silencio.

Rafael Infantes escapó hacia la ribera del río Guadaira. Al día siguiente, José Limón y otras quince víctimas fueron sepultados en una fosa común al fondo del cementerio. José Blanco había escapado tras el fusilamiento y se le halló, ya cadáver, en la tarde del 22, con el pulmón derecho perforado por una bala, en el primer piso de un comercio local llamado Eladio. El cooperador salesiano era natural de Souto-San Bartolomé de Ganade (Orense) y una enfermedad le impidió profesar como religioso regular. Su estado civil laical permitió que en Morón, donde residió desde 1930, fuera responsable de la escuela salesiana, salvo en los años 1933-1934, en que tuvo a su cargo la finca de San José del Valle.

En junio de 1966 los restos de estos dos salesianos recibieron definitiva sepultura en el atrio de la iglesia de María Auxiliadora de Morón de la Frontera. Entonces Rafael Infantes era el director de la comunidad religiosa salesiana. Con ellos, son ochenta y ocho los salesianos beatificados como mártires de la Guerra Civil española.

Los quince beatificados como mártires entre las víctimas del 22 de julio son un hermano de las Escuelas de la Doctrina Cristiana (La Salle) asesinado en Madrid y otro asesinado en Barcelona, tres maristas en Redueña (Madrid), cuatro carmelitas en Montoro (Córdoba) y seis carmelitas descalzos en Toledo.

El lasaliano de Madrid era Joaquín Rodríguez Bueno (hermano Ireneo Jacinto), de veinticinco años, muerto, como el hermano Virginio Pedro, dos días antes, en el cementerio de la Almudena. En Barcelona, los Hermanos de las Escuelas Cristianas perdieron ese día al hermano de nacionalidad francesa Joseph-Louis Marcou Pecalvel (hermano Louis de Jesús). Había vivido en España desde 1907, con un paréntesis durante la Primera Guerra Mundial, cuando sirvió en el ejército francés. En 1930 volvió a Francia, pero tres años más tarde, al empeorar la situación, se ofreció a sustituir a algún hermano, y fue destinado al colegio de Josepets, el segundo que los lasalianos tenían en el barrio de Gracia, abierto en 1912 (el otro, que llevaba el nombre del barrio, se había fundado en 1892). El 19 de julio, al dispersarse la comunidad, el hermano Louis se refugió en casa del doctor Turó, amigo del colegio. Al día siguiente volvió al colegio y pudo retirar la Eucaristía, la llevó a la iglesia y la entregó al sacerdote. Se celebró la última misa y consumieron todas las formas consagradas para evitar profanaciones. El hermano Louis, fiado de su nacionalidad, se atrevió a hacer otras visitas al colegio para retirar algunas cosas que podían ser útiles a los hermanos. El 22 de julio, a las cuatro de la tarde, se despidió diciendo que iba al consulado francés a recoger el pasaporte. Pero no llegó, ya que entró en el colegio y alguien le estaba esperando. Algunos vecinos dijeron que más tarde sacaron un cuerpo en una camilla. Tenía cincuenta y cuatro años.

Los maristas Pedro Alonso Ortega (hermano Marino, de treinta y cinco años), Eugenio Artola Sorolla (hermano Victorico María, de cuarenta y dos) y Trifón Tobar Calzada (hermano Jerónimo, de sesenta) trabajaban en Torrelaguna y, según la biografía colectiva —llamada *positio*— que se presentó ante la Congregación para las Causas de los Santos en Roma el 7 de diciembre de 2001, y cuyo estudio conduciría a la beatificación de sesenta y ocho maristas en 2013, educaban a hijos de labradores y obreros. A ciento veinte padres obreros les daban clases nocturnas. Un marista que visitó la escuela aseguraba respecto al nivel de educación que «mejor no se puede» y que «los hermanos viven perfectamente unidos».

Un antiguo alumno de Torrelaguna asegurará que «la gente del pueblo quería mucho a los hermanos y les manifestaba una profunda gratitud. Eran queridos incluso por aquellos que no pensaban como ellos, debido a la buena educación que habían recibido». Otro expresará la «admiración que tengo por el trabajo de esos religiosos maristas. Me enseñaron a amar, a perdonar y les debo la gracia de haber tenido a mi padre y a mi madre mártires de Cristo; que Dios los tenga en su gloria. He sabido perdonar y encajar este terrible golpe con amor cristiano». Durante la Revolución de 1934, los tres maristas fueron encarcelados por el comité local, cuyo jefe era el maestro de la escuela pública, quien a su vez pasó después un tiempo en la cárcel. El 20 de julio de 1936 se adueñará de nuevo de la localidad, apoyado por carabineros enviados por el gobierno, que esa mañana encierran a los maristas «en un sótano debajo del ayuntamiento del pueblo, donde ya se encuentra un grupo de seglares fieles practicantes, entre ellos algunos antiguos alumnos».

En la noche del 21 al 22 de julio, según el relato de la *positio*, «llega a Torrelaguna un grupo de milicianos de Asturias. De madrugada, asaltan la prisión con intención de eliminar a los detenidos. Golpean a los presos, y les hacen preguntas vociferando. Una miliciana asestó un golpe a la presidenta de Acción Católica, tan fuerte, con la culata del fusil, que la presidenta perdió un ojo. A continuación, seleccionan a las víctimas: todos aquellos que no tienen callos en las manos. Los labradores son liberados. Los demás, es decir nueve: los tres hermanos, dos sacerdotes, el presidente y la presidenta de Acción Católica y otros dos seglares, son maniatados y obligados a subir a un camión. Por la mañana del día 22, el lechero del pequeño pueblo de Redueña, que hacía su servicio diario, descubre nueve cadáveres. Eran las seis de la mañana». La información firmada el 10 de mayo de 1939 por el alcalde y el secretario del «Ayuntamiento Constitucional» de Torrelaguna precisa los nombres de siete responsables de estas muertes, sin mencionar que fueran asturianos, explica que los asesinatos se cometieron «en el kilómetro 4 de la carretera de Torrelaguna a El Escorial» y da los nombres de los fallecidos (legajo 1510, expediente 3, folio 300 de la Causa General).

Uno de los que estuvieron presos con los maristas declaró que «los hermanos sabían que iban camino del martirio. Aceptaron la prueba con gran firmeza, sin optimismo ligero ni pesimismo estéril. Era más bien un santo realismo el que los llevaba a aceptar el martirio; eran literalmente como corderos llevados al matadero. Su valentía se mantuvo inquebrantable; así los vi marchar hacia la muerte». Un labrador que presenció la ejecución aseguró que «no hubo escenas de desesperación ni nada por el estilo. De caso, una última petición de perdón, por parte de dos detenidos que ofrecieron dinero para que les salvasen la vida, alegando que tenían hijos pequeños, pero nada más. Hacían la señal de la cruz al recibir la descarga mortal».

Los carmelitas asesinados en Montoro el 22 de julio fueron fray José María Mateos Carballido (prior de la comunidad), fray Jaime Carretero Rojas (diácono), fray Eliseo María Durán Cintas y fray Ramón Pérez Sousa, de treinta y cuatro, veinticinco, veintinueve y treinta y tres años de edad respectivamente. Dos hermanos de esa comunidad, fray Romeo Perea (corista) y fray Franco Jiménez, se habían puesto a salvo cuando el prior les advirtió: «Señores, estamos por presentarnos delante del Tribunal de Dios, ¡preparémonos!». Los cuatro que se quedaron en el convento permanecieron, la noche del 19 al 20 de julio y la siguiente, en oración en la capilla. En la madrugada del 21, cuando el convento fue asaltado, los encontraron allí orando con los brazos en cruz y los llevaron a la cárcel de El Charco, parte del antiguo convento carmelita.

La documentación sobre Montoro en el legajo 1044, expediente 4, de la Causa General, señala los nombres de cuarenta y tres personas asesinadas «en la cárcel» el 22 de julio, entre ellas el sacerdote Pedro Luque Cano, de sesenta y tres años (en cambio, falta en la lista el prior de los carmelitas). La explicación del suceso, firmada

el 30 de septiembre de 1941 por el alcalde y el secretario del Ayuntamiento de Montoro, es que «sobre las 15 horas los dirigentes destacados criminales tienen noticias de las proximidades de las tropas nacionales, procedentes de Córdoba y ante el temor de que la población fuera liberada, se dirigen a la cárcel donde se hallaban 53 personas detenidas por los mismos, entre ellos un joven de catorce años, personas destacadas todas en la población por su solvencia y honradez, las que fueron vilmente asesinadas con petardos de dinamita y rematadas con armas blanca las que con vida quedaron. De ellos en principio se salvaron ocho perforando un tabique a la iglesia de Nuestra Señora del Carmen que es contigua a la prisión y dos arrojándose por una ventana, falleciendo uno instantáneamente por la mucha elevación y el otro, Sr. Vegas Rojas, providencialmente se salvó fracturándose la pierna izquierda y recogido a las 22 horas siendo conducido al hospital en calidad de detenido». Cinco de los fugados habrían sobrevivido a la guerra y la iglesia que usaron para escapar sería saqueada dos días más tarde. Antes de esa matanza, habían sido asesinados dos jornaleros el día 19 por «mineros de Jaén y guardias de asalto» y un labrador al día siguiente, a manos de «Lucio Doménech y Manuel Colomina». Como autores de la matanza del día 22 se señala a «mineros de la provincia de Jaén», más el citado Doménech y otras doce personas, todas las cuales, salvo una, Antonio Castillo Benavides, que estaba en la cárcel en Córdoba, habían sido ya ejecutadas en el momento de escribirse ese informe.

El Convento de los Carmelitas Descalzos de Toledo había sido elegido por los sublevados el 21 de julio a las órdenes de Moscardó como uno de sus lugares de defensa. Al comenzar el asedio de la ciudad al día siguiente, los guardias civiles que lo ocuparon se retiraron al Alcázar, y los religiosos —una comunidad de la que ya han sido beatificados dieciséis como mártires— trataron de huir. Seis de ellos no llegarían vivos al anochecer: el prior Ovidio Fernández Arenillas (padre Eusebio del Niño Jesús), de cuarenta y ocho años; los alumnos de Teología Esteban Cuevas Casquero (fray Eliseo de Jesús Crucificado), Perfecto Domínguez Monge (fray Perfecto de la Virgen del Carmen) —ambos de veintidós años—, Tomás Mateos Sánchez (fray José Agustín del Santísimo Sacramento), Pedro Ramón Rodríguez Calle (fray Hermilo de San Eliseo) —ambos de veintitrés años— y el novicio Clemente López Yagüe (fray Clemente de los Sagrados Corazones), de veinticuatro años.

Fernández Arenillas profesó en Segovia en 1904, ordenándose en Toledo en 1912 y marchando a Cuba en 1917, hasta su regreso a España en 1927. Confesor y director espiritual de prestigio, fue elegido prior de Toledo a fines de mayo de 1936, preocupándose de buscar casas donde pudieran refugiarse todos los religiosos en caso de necesidad. Él hizo lo propio ese 22 de julio, en la casa de la familia Rodríguez Bolonio, sita en la calle del Instituto, 19. Allí una maestra refugiada le pidió confesión, contando después: «Recuerdo que tanto en la confesión que hice con él en los momentos antes del martirio, como después de la confesión, me animó mucho a

estar dispuesta a sufrir el martirio, lo que me sirvió de aliento en aquellos momentos de peligro, haciendo participantes a otros de este aliento y optimismo, estando segura de que el siervo de Dios presentía su próximo martirio». Ese mismo día llamaron a la puerta dos milicianos, asegurando a quien abrió: «Aquí hay un cura refugiado, si no dices dónde está, te mataremos». El padre Eusebio lo oyó desde su habitación y salió a entregarse, pidiendo que no hiciesen daño a la familia, pues eran muy buenas personas. «En ningún momento dio sensación de miedo y, cuando le prendieron, demostró una serenidad no común, saliendo despacio, sin alterarse, con dominio de sí mismo», relata un testigo. Le sacaron a empujones a la calle, caminó con los brazos en cruz y apenas a ocho o diez metros de la casa le fusilaron.

Fray José Agustín del Santísimo Sacramento ingresó en 1924 en el Colegio Teresiano de Medina del Campo y en 1927 en el Noviciado de Segovia, profesando al año siguiente. En 1932 pasó a estudiar Teología en Toledo, adonde volvió en 1934 tras hacer el servicio militar. Comenzó el curso 1935-1936 en Salamanca, pero regresó a Toledo porque se necesitaba ahí un organista. Hizo la profesión solemne el 29 de junio de 1936, y al comentarla a su familia el 5 de julio escribía: «Trabajemos un poquito para ganar el Cielo. Todo lo demás pasa en celeridad espantosa». El 21 de julio se refugió, con tres compañeros (fray Constantio, fray José María de la Virgen Dolorosa —que sobrevivirán hasta el 30 de julio— y fray Eliseo), en casa de Julio Perezagua (Alfileritos, 5). Allí estuvieron hasta la tarde del día siguiente. Una refugiada en la misma casa declaró: «La conducta que allí observaron fue ejemplar, no estaban asustados, y hablaban con tranquilidad del martirio, rezando todos los refugiados el santo rosario». Tras ser denunciados, llegaron unos milicianos amenazando con abrir la puerta por la violencia si no salían los refugiados. Se abrió mientras los frailes trataban de evadirse. Fray José Agustín fue reconocido mientras caminaba por la calle Alfileritos y cayó abatido por disparos de fusil.

Fray Eliseo de Jesús Crucificado fue criado por su tío sacerdote, Juan Casquero, párroco de Besande (León), al quedar huérfano de madre al poco de nacer. Ingresó en el colegio teresiano de Medina del Campo en 1926, y tres años más tarde en el noviciado de Segovia, profesando en 1930 para seguir estudios en Salamanca (1933-1934) y Toledo (1934-1936), donde hizo la profesión solemne y recibió la tonsura y órdenes menores. Al huir el 22 de julio, fue perseguido por los milicianos calle Alfileritos arriba, desde donde al llegar a una hornacina con una Virgen, bajó por la calle del Cristo de la Luz, refugiándose en un sótano donde había más personas. Los milicianos «se pusieron a pitar a la puerta, para que saliese el fraile, que se había escondido allí, y [con la amenaza de] que de no salir, dispararían contra todos los que se encontraban dentro», por lo que fray Eliseo se entregó diciendo: «No disparéis, yo soy el religioso a quien buscáis». Según un testigo, «fray Eliseo de Jesús Crucificado, empuñando en sus manos el Santo Cristo, que llevaba consigo, se santiguó, salió a la calle, y allí en la pared de enfrente vi cómo era fusilado por los rojos». El cadáver quedó abandonado en la calle día y medio, con los sesos esparcidos.

Fray Perfecto de la Virgen del Carmen también era de Besande e igualmente ingresó en 1926 en el colegio de Medina del Campo, pues tenía un tío carmelita y, según decía a su madre, quería «ser orador, para hacer llorar a las mujeres de mi pueblo». Profesó en Segovia en 1930 y estudió en Toledo, Ávila, Salamanca y de nuevo Toledo, donde hace la profesión solemne en 1935 y recibe órdenes menores a finales de junio de 1936. Por entonces escribió a su familia: «Se está preparando una muy gorda, pero yo no saldré de mi celda; aquí esperaré las turbas; yo estoy con mi Madre, la Madre del Carmelo». Pero siguiendo las instrucciones del prior, tuvo que salir, pasando la noche del 21 de julio en casa de doña Cecilia Criado (Alfileritos, 8), con fray Hermilo y fray Clemente. Emplearon las horas en rezos, se animaban mutuamente al martirio y se confesaron con don Antonio Gutiérrez, capellán de la Armada e hijo de doña Cecilia, que se encontraba en la casa. Con los otros dos se pasó la mañana siguiente a la terraza de don José Nodal y allí lo abatieron a tiros los milicianos desde la oficina de Correos, que dominaba toda la azotea.

Fray Hermilo de San Eliseo quedó con nueve años huérfano de padre, y al caer mortalmente enferma poco después su madre, ingresó con sus hermanos en el Patronato de Huérfanos Desamparados de Valladolid, de donde pasó dos años más tarde al colegio de Medina del Campo. En 1928 marchó al Noviciado de Segovia y profesó en 1929. Estudió en Ávila, Toledo y Salamanca, haciendo la profesión solemne en Toledo el 29 de junio de 1936. Murió tiroteado en la terraza de don José Nodal, con fray Perfecto. Los milicianos intentaron tirar los dos cadáveres a la calle, pero una vecina que tenía una reja al nivel de la azotea que se abría, dijo que los podían bajar por allí, y así lo hicieron. Allí los registraron y vieron que eran religiosos con su escapulario del Carmen. La dueña de la casa, Justina, asegura que en la azotea quedaron «unos tres años las manchas de sangre, que allí dejaron, a pesar de las lluvias y ventiscas: y nosotros siempre las mirábamos con respeto, diciendo: “Sangre de mártires”». Su marido insistiría: «He de consignar que la sangre de los dos religiosos, que murieron en mi azotea, no conseguimos hacerla desaparecer por muchos medios que pusimos para ello: yo considero esta circunstancia como signo o señal especial».

Por último, fray Clemente de los Sagrados Corazones, tras ser pastor de los once a los diecisiete años, trabajó en el ferrocarril y el campo antes de hacer el servicio militar, sin poder hacerse religioso por falta de dote, hasta que los carmelitas de la Fuencisla lo acogieron en 1935 en Segovia. Enviado a Toledo como novicio, ayudó en la cocina a fray José María de la Dolorosa. Su suerte varió de la de sus dos compañeros en la terraza de la familia Nodal, al toparse con un nido de avispas que les atacaron. Fray Clemente trató de pasarse al tejado de enfrente, por las varillas de hierro del toldo. Cedió una de estas y cayó al patio encima de la cuerda que servía para abrir la puerta desde el principal. Esta se abrió y entró un miliciano que dijo sin más: «Este es un fraile», echándose el fusil a la cara para matarlo en el mismo patio. Los dueños de la casa rogaron que no lo matara; por lo que lo sacaron a empujones de

la casa y lo mataron en la calle. El cadáver estuvo, boca abajo, con el pañuelo en la mano, dos días tirado en la acera.

Los pasionistas de Daimiel y los mártires del Coll

Llegados al jueves 23 de julio, nos encontramos con cuarenta beatos cuyas muertes se produjeron en dos matanzas de religiosos pasionistas del convento de Daimiel (Ciudad Real) ocurridas en Carabanchel Bajo (nueve) y Manzanares, Ciudad Real (seis); en la matanza en Barcelona de nueve religiosas junto a una seglar en Can Boada; y en la matanza de los conocidos como mártires del Coll (ocho: cuatro misioneros de los Sagrados Corazones, la mujer que los refugió, dos franciscanas hijas de la Misericordia y una teresiana); en dos asesinatos en una misma calle de Toledo y en otros cuatro casos individuales, entre los que se cuenta un joven sacerdote secular menorquín.

Según recuerda Jesús Gutiérrez Torres en la obra colectiva *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha*, en Daimiel ya había sido asesinado, el 2 de noviembre de 1933, un militante de Acción Popular Agraria Manchega llamado José Ruiz de la Hermosa, tras interrumpir a un orador en un mitin socialista. A su entierro acudieron 5.000 personas y dos avionetas arrojaron panfletos en los que se llamaba a Ruiz de la Hermosa «caído mártir de la fe y del ideal». Junto a las muertes de veintiséis pasionistas del convento, hay que resaltar las de diez sacerdotes. En la posguerra, la Causa General (legajo 1028, expediente 25) incluirá una lista de «mártires» de la localidad (que no incluye a los pasionistas) con cincuenta y siete nombres. Por contraste, según la lista firmada por el comandante del puesto de la Guardia Civil el 21 de febrero de 1941, setenta y cinco de los revolucionarios habrían sido ya entonces ejecutados; treinta y uno condenados a muerte; sesenta cumplían condenas en diversos penales (uno más estaba en libertad provisional), veinticuatro estaban pendientes de juicio y cuarenta y nueve «ausentes» (dos en Argelia y el resto en Francia). Los afectados por la represión de posguerra fueron por tanto al menos doscientos cuarenta, con al menos ciento seis condenas a muerte dictadas.

En la medianoche del 21 de julio, más de un centenar de personas armadas rodeó y mandó desalojar la residencia de los treinta y un religiosos (quince estudiantes, siete sacerdotes, cuatro hermanos coadjutores y el provincial de la Provincia de la Sagrada Familia, cuya capital era Zaragoza). El provincial Vicente Díez Tejerina (padre Nicéforo de Jesús y María) reunió a los religiosos en la iglesia y les distribuyó la comunión —como viático y para evitar que fuera profanada—, comentando el himno *Golgotae Cives* con estas palabras: «Ciudadanos del Calvario, es la hora de nuestro Getsemaní. La naturaleza, en su parte débil, desfallece y se acobarda. Pero Jesucristo está con nosotros. Os voy a dar al que es la fortaleza de los débiles. Si a Jesús lo confortó un ángel, Él mismo nos conforta y sostiene a nosotros. Dentro de

unos momentos estaremos con Cristo; ¡Ciudadanos del Calvario, ánimo, a morir por Cristo! A mí me toca animaros a vosotros, pero yo me siento estimulado con vuestro ejemplo».

Cuando les exigieron salir, el padre Nicéforo dijo:

—Si quieren matarnos, háganlo aquí, en la iglesia.

Conducidos al cementerio, en la carretera de Daimiel a Ciudad Real, los religiosos no fueron asesinados, sino conminados a marchar, advirtiendo que si alguno regresaba, lo pagaría con la vida. A partir de la bifurcación de la carretera hacia Bolaños, los pasionistas formaron cinco grupos, con vistas a llegar a Madrid y luego a Zaragoza. Pero, mientras se despedían, un ferroviario telegrafiaba a las estaciones de Manzanares, Alcázar de San Juan, Malagón y Carabanchel para que no les dejaran escapar. Cinco consiguieron llegar a Madrid esa noche y sobrevivieron. Nueve recibieron un salvoconducto del gobernador civil de Ciudad Real, Germán Vidal Barreiro, en el que constaba su condición de religiosos. Fueron detenidos en Carabanchel y fusilados en las tapias de la Casa de Campo al amanecer del 23 de julio. Eran, de mayor a menor edad:

Felipe (del Corazón de María) Valcabado Granado, de sesenta y dos años, que profesó en 1890 y fue ordenado sacerdote en 1897.

Manuel Pérez Giménez (Germán de Jesús y María), de treinta y siete años, rector, que profesó en 1915 y fue ordenado sacerdote en 1923, en Roma.

Anacario (de la Inmaculada) Benito Nozal, de veintinueve años, que profesó como hermano coadjutor en 1922.

Felipe (de San Miguel) Ruiz Fraile, de veintiún años, como los siguientes, que profesó en octubre de 1932.

Mauricio Macho Rodríguez (Maurilio del Niño Jesús), que profesó también en 1932.

José (de Jesús y María) Osés Sainz, que profesó en octubre de 1933.

Julio (del Sagrado Corazón) Mediavilla Concejero, que profesó en octubre de 1933.

José María (de Jesús Agonizante) Ruiz Martínez, de veinte años, que profesó en octubre de 1933.

Laureano Proaño Cuesta (Laurino de Jesús Crucificado), de veinte años, que profesó en octubre de 1932.

Los nueve figuran en la primera página del estado 2 («cadáveres recogidos en este término municipal, de personas no reconocidas como residentes en él») de Carabanchel Bajo, en el legajo 1509, expediente 3, folio 39, de la Causa General, fechado el 12 de julio de 1939.

Los seis asesinados en Manzanares fueron:

El provincial padre Nicéforo de Jesús y María, que marchó con los once más jóvenes (los seis supervivientes serían finalmente fusilados el 23 de octubre). Último de cinco hermanos, ya que a los tres días de nacer murió su padre. Según uno de sus

hermanos, tras el paso por el pueblo de unos misioneros, «cuando se encontraba en el campo se subía a un árbol o a una piedra y empezaba a sermonear, siendo admirado por todos y por fin logró lo que deseaba. También le oímos decir siempre que él quería ser mártir a imitación de Jesucristo, lo que consiguió también». Profesó en 1909 y al año siguiente fue enviado a México. Tras tenerlo medio mes en la cárcel, los revolucionarios mexicanos tenían previsto ejecutarle el 16 de agosto de 1914, pero un cónsul consiguió que lo deportaran a Chicago, donde de nuevo estuvo a punto de morir, esta vez de meningitis, en marzo de 1916. Allí fue ordenado sacerdote. Desde 1918 residió en Cuba —de 1921 a 1925 volvió a México— y en 1932 regresó a España como superior provincial. El 8 de julio de 1936 salió de Zaragoza a visitar a los estudiantes de Daimiel, pasando en Madrid del 10 al 12. Al ser fusilado en Manzanares, en la Vereda de Valencia, tras recibir varios disparos, volvió su rostro hacia sus asesinos y les ofreció una sonrisa, lo que les desconcertó. Uno de ellos le recriminó: «Cómo, ¿todavía sonríes?», y le disparó a bocajarro otro tiro, que acabó con su vida.

José Estalayo García (José Luis de los Sagrados Corazones), de veintiún años, octavo de diez hijos, su hermano menor Alfonso le precedió como pasionista en Zaragoza, y con él se reunió José en 1928. Profesó el 29 de octubre de 1933 y en septiembre de 1934 se trasladó a Daimiel con su hermano Alfonso, que, enfermo de los pulmones, marchó el 16 de julio y llegó a Zaragoza el 18, salvando así la vida.

Fulgencio (del Corazón de María) Calvo Sánchez, de veinte años, que profesó en octubre de 1935.

Epifanio (de San Miguel) Sierra Conde, de la misma edad y fecha de profesión. Último de los seis hijos de un cantinero de un pueblo de Palencia, se fue a Zaragoza con un pasionista que pasó por allí en 1929. Después de profesar, marchó a Daimiel y se despidió así de otro religioso (el hermano Teófilo): «Tú no tengas miedo. Nosotros marchamos para allá y nos volveremos a ver en algún sitio y si a nosotros nos matan y a ti te matan, tú no te preocupes que iremos al Cielo».

Abilio (de la Cruz) Ramos y Ramos, de diecinueve años, aquejado de una creciente sordera; profesó en octubre de 1935.

Zacarías (del Santísimo Sacramento) Fernández Crespo, con la misma edad y fecha de profesión.

Sus muertes aparecen reflejadas en el estado 2 de Manzanares en la Causa General (legajo 1029, expediente 3, folio 9).

En Barcelona, el mayor número de personas beatificadas entre las que perecieron el 23 de julio corresponde a las nueve religiosas mínimas descalzas de San Francisco de Paula, y la hermana de una de ellas, que les asistía en el Monasterio de Jesús María (Avda. Martí Codolá, 16), fundado en 1623. De menor a mayor edad, eran:

Vicenta Jordá y Martí (sor María de Jesús), de treinta y siete años.

Ana Ballesta y Gelmá (sor Filomena), de cuarenta.

María Montserrat Ors y Molist (sor María de San Enrique), de cuarenta y cinco.

Sor María de las Mercedes Mestre Trinché, de cuarenta y siete.

Teresa Rius y Casas (sor Trinidad), de sesenta.

Josefa Pilar García y Solanas (madre María de Montserrat), de sesenta y cuatro, y su hermana Lucrecia, de casi setenta, viuda.

Dolores Vilaseca y Gallego (madre María de la Asunción), de sesenta y cinco.

La madre Josefa (del Purísimo Corazón de María) Panyella y Doménech, de setenta y uno.

Raimunda Ors Torrents (madre Margarita de Alacoque), de setenta y tres.

La segunda matanza barcelonesa del 23 de julio cuyas víctimas han sido beatificadas es la de los llamados mártires de El Coll. La congregación de los misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, fundada en 1890 por el sacerdote mallorquín Joaquim Rosselló, fallecido en 1909, se extendió a Barcelona en 1928 para encargarse, en el barrio del Coll, de la casa-santuario donde se custodiaba una imagen románica de la Virgen, que databa del siglo XI (aún hoy situada en la confluencia de las calles Santuari y Ceuta; muy cerca del parque Güell). Allí mismo establecieron una escuela gratuita para niños del barrio. El domingo 19 de julio hubo menos asistencia a misa y, dadas las circunstancias, los sacerdotes no pronunciaron homilías. A mediodía, vieron una humareda sobre el barrio de la Bonanova y sospecharon que habrían quemado la iglesia-santuario, como así fue. Dos horas más tarde les sorprendió una detonación y observaron una humareda en el puente de Vallcarca: les dijeron que había chocado y explotado un camión que iba cargado de bombas para los templos de la ciudad. Al atardecer, los religiosos cerraron la iglesia y, dado que algunas familias les invitaron a refugiarse en sus casas, el superior, padre Francisco Reynés, aceptó. La comunidad rezó el rosario y la corona de oro ante el Santísimo y antes de irse cambiaron la imagen del Coll por una menos valiosa de la Merced. Se vistieron de seglar y salieron, salvo el hermano Francesc Mayol Oliver, de sesenta y cinco años, que insistió en quedarse.

El padre Francisco Reynés fue a casa de una familia; los padres Simó Reynés Solivelles, de treinta y cinco años, y Miquel Pons Ramis, de veintinueve, al huerto de la tienda de comestibles El Pagès, situada frente al santuario. El hermano Pau Noguera Trías, de diecinueve años, se refugió en la Torre Blanca. El lunes 20, la iglesia fue asaltada por una veintena de jóvenes que, para acceder, quemaron una casa vecina. Tras hora y media, ardían todas las dependencias y apareció el hermano Mayol, al que conminaron a marcharse. El superior oyó que, al pasar junto a la casa donde se refugiaba, los asaltantes decían: «Aquí, un convento de monjas. No vale la pena. Son cuatro que no tienen sino mocosos. Vamos a continuar nuestro trabajo». Mientras el hermano Mayol trataba de apagar el fuego con una rama, volvieron los incendiarios con petardos. Al regresar por tercera vez, amenazaron con fusilarle si no se marchaba. Junto al altar colocaron una bomba de antracita que fue retirada por el señor Juan Pelegrí Llorens, que, con su mujer María Victoria Massip Aguilar, regentaba el centro de diversiones El Casal, junto al santuario. Entre los curiosos

congregados, varias jóvenes incitaban a los atacantes a emprenderla contra los sacerdotes. El grupo marchó hacia Horta para quemar más iglesias, prometiéndose que los religiosos no se les escaparían en el futuro. A quienes le animaban a marcharse, respondía el hermano Mayol que «no deseaba sino acabar sus días junto al trono de la Virgen». Pero finalmente fue a reunirse con los dos religiosos refugiados en El Pagès.

El día 21, la señora Prudència Canyelles i Ginestà, de cincuenta y dos años, ofreció a los fugitivos su residencia, llamada Torre Alzina. Su amiga Teresa Roca fue a El Pagès para transmitir por gestos la oferta a los refugiados, que le siguieron al anochecer hasta su destino. El superior, padre Francisco Reynés, ya se había marchado a buscar refugio en el centro de la ciudad —en casa del doctor Salom, amigo de la comunidad, en la calle Mallorca—, y finalmente conseguiría llegar a Italia. La señora Roca visitó también al hermano Noguera en Torre Blanca.

El jueves 23, los religiosos de Torre Alzina, tras celebrar misa —al igual que habían hecho el miércoles—, consumieron todas las hostias —que habían sacado en un copón— pensando partir en breve hacia Mallorca. Además, los sacerdotes confesaron a las personas que fueron a pedírselo. La señora Roca bajó a casa del doctor Salom por si el superior hubiera dejado billetes para Mallorca para los demás religiosos, pero no fue así. Salom acompañó de vuelta a Roca en coche, casi hasta Torre Alzina. A mediodía llamó por teléfono el padre Francisco Reynés y le informaron de que los religiosos y dos hermanas franciscanas igualmente refugiadas en Torre Alzina estaban bien.

No tardó en llegar un camión de milicianos para registrar la vivienda vecina, llamada Torre Vila, a cuyos propietarios había pedido Teresa Roca camisas para los religiosos. Temiendo encontrar resistencia, los milicianos disparaban a mansalva. Buscaban a los religiosos, y al no encontrarlos siguieron sus pesquisas en la Torre Alzina. La señora Canyelles abrió y un miliciano de la CNT le preguntó si alojaban a tres sacerdotes. Ante la respuesta afirmativa, los mandaron bajar. Descendieron los tres religiosos y detrás Prudència con otra señora. Nada más cruzar el comedor y el portal que daba al jardín, los tres religiosos fueron tiroteados por los milicianos. Reynés, que llegó a una esquina del jardín, quedó tan desfigurado después de que se ensañaran con él que, al llegar su cadáver al policlínico, ni siquiera fue fotografiado, a diferencia de los otros dos. Pons cayó en el portal del jardín y Mayol se desplomó entre la cocina y el comedor.

Los milicianos amenazaron de muerte a las dos mujeres si no guardaban silencio sobre lo ocurrido. Subieron a la primera planta y, cuando recobraron cierta serenidad, observaron que el hermano Mayol vivía. Regresaron los milicianos y, tras prender a Prudència con la excusa de interrogarla, remataron a Mayol con tiros en la cabeza. Recorrieron la casa poniendo a Teresa Roca un revólver en el pecho, y destruyeron todos los objetos religiosos. Eran las siete de la tarde. A las once llegaría una ambulancia para llevarse los cadáveres al Policlínico. El viernes 24, *La Vanguardia*

publicaría que «ayer fue pedida a la Central de la Cruz Roja una ambulancia para recoger tres muertos que había en la montaña de la Rabassada». El padre Francisco Reynés leyó la noticia y llamó por teléfono a alguien que le confirmó que se trataba de sus hermanos religiosos.

A mediodía del jueves, cuatro religiosas —dos de la Compañía de Santa Teresa de Jesús (María Mercedes Prat y Prat y la portuguesa Joaquina Miguel) y las dos franciscanas Catalina (del Carmen) Caldés Socías, de treinta y siete años, y Miquela (del Sacramento) Rullán Ribot, de treinta y dos, mallorquinas, como los cuatro religiosos caídos ese día— habían sido apresadas mientras caminaban por Vallcarca. Las llevaron al comité de la FAI —número 85 de la calle del Santuari—, donde coincidieron con el hermano Pau Noguera, que llevaba las manos atadas a la espalda. Según los comentarios que oyó un futuro sacerdote entonces residente en el barrio, las religiosas fueron atormentadas y ultrajadas. Al iniciarse la tarde del 23 de julio, los colocaron en el patio, en fila, diciéndoles que los iban a fusilar, mientras enarbolaban las armas. Al hermano Noguera lo amenazaban con echarle por un barranco. El simulacro de ejecución se repitió a lo largo de varias horas. Las ametralladoras apuntaban a la cabeza, al pecho, al estómago.

En una habitación que hizo las veces de cárcel, colocaron juntas a las religiosas, y al hermano Pau un tanto distanciado. Las municiones que allá guardaban las lanzaban, de vez en cuando, a puñados, sobre la cara de los cinco cautivos. Seguían amenazando con disparar las ametralladoras y con golpes mortales en la cabeza: «Rezáis, ¿eh? Pues como sigáis haciéndolo os meteremos la bayoneta por la boca. Ya estáis enteradas». Al parecer llegaban órdenes contradictorias, una de ellas de que no había que fusilar al grupo. Se suspendió el simulacro y, por un momento, cristalizó un hálito de esperanza. En un momento dado separaron a los presos y los llevaron a diversas casas cercanas. Al hermano Pau lo condujeron al Casal Català, bien custodiado.

Al anochecer un camión recogió a las dos franciscanas, a las dos religiosas de la Compañía de Santa Teresa, al hermano Noguera y a Prudència Canyelles. Hizo varias paradas antes de llegar a un descampado en la carretera de la Rabassada, entre Barcelona y Sant Cugat.

Primero fue obligado a descender del camión el hermano Pau. A las teresianas Mercedes y Joaquina, junto con la franciscana sor Catalina, las situaron en la cuneta que daba a la montaña. La franciscana Miquela Rullán, Prudència y el hermano Pau fueron colocados en la cuneta contraria, mirando hacia Barcelona. Desde el centro de la carretera, cinco o seis hombres les tirotearon.

Joaquina Miguel resultó herida y, fingiéndose muerta, atendió en su agonía a Mercedes Prat. Sor Catalina Caldés tampoco murió y logró abandonar el lugar con Joaquina. Sor Catalina fue a casa de una conocida, Antonia Canal, a la que había atendido como enfermera. Por presiones de su marido e hijo, la conocida no la dejó entrar, aunque le ofreció algo de beber, la curó, le vendó las heridas y le proporcionó

una silla en el jardín, donde pasó el resto de la noche. Sor Catalina le dio a la señora una medalla que había recogido del pecho de Prudència Canyelles con el fin de hacerla llegar a su hermano. La señora contactó con un pariente miliciano para que llevara a sor Catalina al Hospital Clínico para curarla, lo que en realidad significó su muerte, supuestamente en el camino del Hospital de la Vall d'Hebron.

Sor Joaquina Miguel se refugió en una casa de campesinos (masía) y volvió a su país gracias al cónsul portugués. Conservó en su cuerpo múltiples cicatrices y pudo contar la historia.

Algunos datos biográficos adicionales:

Simó Reynés Solivelles. Segundo de siete hermanos (Francisco, superior del Coll, era el mayor), profeso desde 1918 y sacerdote desde 1926, pasó de Mallorca a Barcelona en febrero de 1936.

Miquel Pons Ramis. De familia muy humilde, con cinco hermanos, profesó en 1923 y fue ordenado en 1931.

Francesc Mayol Oliver. Tuvo cuatro hermanos. Profesó en 1896, formándose junto al fundador Joaquim Rosselló. Llevaba tres años en Barcelona.

Pau Noguera Trías. Tuvo seis hermanos. Profesó en mayo de 1934, el mismo mes en que marchó a Barcelona.

Catalina Caldés Socías. Segunda de cuatro hermanos, estudió con las franciscanas hijas de la Misericordia fundadas en Pina (Mallorca) en 1856. Llevaba seis años con otras tres monjas de su congregación en el pequeño convento de la calle Santuari 18, dedicada a la guardería infantil y el cuidado de enfermos, viviendo de donativos.

Miquela Rullán Ribot. Educada con las franciscanas desde el parvulario, entró en la congregación como postulante en Pina en 1928 y profesó en 1935, marchando después a Barcelona. Un hermano suyo, médico, fue ejecutado en Guadalajara durante la guerra.

Prudència Canyelles i Ginestà. Se había casado en 1927, en el Monasterio de Montserrat. Su marido murió de tuberculosis, atendido durante su enfermedad por los religiosos del Coll a los que luego refugió. Pertenecía a las conferencias de San Vicente de Paul y a la Cofradía de la Visita Domiciliaria.

María Mercedes Prat y Prat. Huérfana de padre y madre desde su adolescencia, entró como novicia en la Compañía de Santa Teresa de Jesús en 1904 e hizo los votos temporales en 1907. Se refería al peligro revolucionario asegurando que «suceda lo que suceda, el Corazón de Jesús triunfará». Fue detenida en el Colegio Teresiano de la calle Ganduxer 85, en el barrio de Sant Gervasi, al sur del de Coll. Salió diciendo a Joaquina Miguel: «Nos van a matar, pero vamos allá, obedeceré porque el Señor lo quiere». En su agonía, sus últimas palabras fueron las del padrenuestro «Perdónanos como perdonamos».

«Escupe o te mato». El primer mártir menorquín

Entre las otras siete víctimas beatificadas del 23 de julio, destaca el caso del sacerdote menorquín Juan Huguet y Cardona, de veintitrés años, el mayor de los cuatro hijos de un matrimonio de campesinos, que desde niño quiso ser sacerdote. Ordenado diácono el 20 de marzo de 1936 por el obispo Irurita de Barcelona, el mismo prelado, que moriría en la guerra, lo ordenó sacerdote el 6 de junio y presagió al predicar a los diáconos que ordenaba que «estáis destinados a la muerte y al sacrificio». Huguet celebró su primera misa solemne el 21 de junio, fiesta del Sagrado Corazón, en su localidad de residencia, Ferreries (en la mitad occidental de Menorca, a escasos veinte kilómetros de Ciudadela). Según su madre, solo tras el asesinato de Calvo-Sotelo el 13 de julio hizo el sacerdote una referencia a la política: «No sé dónde vamos a parar, la cosa se enreda mucho».

En la isla, fracasado el alzamiento militar, se instauró el poder revolucionario el 23, día en que Huguet celebró misa en la capilla del Santísimo Sacramento, ayudado por un monaguillo de seis años que contó a su madre haber visto, cuando el sacerdote alzaba el cáliz, la figura de un joven vestido de blanco con los brazos en cruz, al que tres personajes amenazaban con apedrear. Esta mujer corrió a contar a la madre del sacerdote este suceso, que con el tiempo se asociaría a la devoción a San Esteban, presente en Menorca desde la Antigüedad, ya que, según una carta del obispo Severo, reliquias de ese primer mártir cristiano llegaron a la isla en el siglo V.

Esa tarde, según declaró su madre Eulalia Cardona Triay, dos milicianos y un soldado —guardias de asalto, según el padre, Francisco Huguet Villalonga— llegaron al domicilio de Huguet para llevarle al ayuntamiento. El sacerdote se despidió de su madre y sus hermanos Vicente y María: «Adiós, si no nos hemos de volver a ver». Al llegar, había varios detenidos más, entre ellos un sacerdote. Al registrar a Huguet, aparecieron un crucifijo y una medalla, y el sargento Pedro Marqués Barber, que se hacía llamar «comandante militar de Menorca», los sostuvo a la altura del rostro del sacerdote exigiéndole:

—Escupe ahí, escupe ahí, que si no te mato.

Huguet negó con la cabeza, después alzó los ojos, extendió los brazos en cruz y exclamó:

—¡Viva Cristo Rey!

Sin mediar palabras, el comandante le disparó dos tiros a la cabeza. El sacerdote moribundo fue colocado sobre una cama de la vivienda del conserje, donde acudieron sus padres y otras personas, como el médico Jaime Borrás. Se le administró la unción de enfermos y murió hacia las 21 horas sin haber recobrado la conciencia. Su padre, ayudado por otras personas, trasladó el cuerpo al domicilio familiar, donde su madre lo revistió con los ornamentos sacerdotales de su primera misa. A su entierro acudieron muchos, también izquierdistas. Marqués fue ejecutado en la posguerra, y había confesado: «No puedo apartar de mi mente a aquel joven sacerdote que yo maté».

Dado que Huguet será, a partir del 13 de octubre de 2013, la primera de las víctimas de la guerra en Menorca beatificada, valdrá mencionar someramente el resumen que sobre la persecución religiosa en dicha isla hizo el obispado (legajo 1459, expediente 7, folios 10 a 24, de la Causa General). Para el clero menorquín, resultaron fatídicos los días 18 y 19 de noviembre de 1936, en que fueron asesinados veintidós sacerdotes en Cala-Figuera (Mahón) y quince (en su mayoría del clero catedralicio) en Villa-Carlos. Además, fueron asesinados en Barcelona dos sacerdotes menorquines: el rector del seminario (Pablo Brunet Torrents, 8 de agosto) y el salesiano José María Castell Camps (28 de agosto; beatificado en 2001).

Entre los «seglares de Menorca inmolados principalmente por su marcada significación religiosa» destacan, según esa información, Gerardo Conforto Thomás, «presidente de la Juventud de Acción Católica de Mahón, fusilado en la fortaleza de La Mola el día 3 de agosto de 1936»; José Anglada Marqués, odontólogo de Ciudadela, «presidente de la Unión Diocesana de Acción Católica y celoso e incansable propagandista», asesinado en la carretera de Ferreries el 13 de agosto; Mateo Seguí Carreras, farmacéutico de Mahón, fusilado el 18 de noviembre en Cala-Figuera; y Antonio Carreras Pons, joyero de Mahón, asesinado el 19 de noviembre en Villa-Carlos.

Juan Victory, alcalde de Mahón, resumía así el 21 de febrero de 1942 las vicisitudes políticas de la isla (Causa General, legajo 1458, expediente 26, folio 24):

> Al dominar la tarde del 20 de julio de 1936 los marchistas *(sic)* la isla de Menorca, se implantó un régimen de completa anarquía a medida que se recibían consignas de la península, persiguiendo con odio y venganza a toda persona de orden. Inmediatamente se hizo cargo del Gobierno Militar el brigada de Infantería Pedro Márquez Barber, ordenando la detención de todos los señores jefes y oficiales del Ejército como de la Marina, y de un considerable número de personas de significación derechista y católica, a los que se despojó de sus bienes y fueron objeto de toda clase de injurias y malos tratos de obras, asesinando después a mansalva a la mayoría de ellos en la Fortaleza de la Mola en la misma celda donde estaban detenidos y en el patio colindante con la misma (3 de agosto de 1936).
>
> Meses después, pasó a ser gobernador militar el «maquinista de la Armada» Nicanor Menéndez Casanova, hasta finales de 1936, cuando le sustituyó «el coronel de la artillería de la escala activa José Brandaris de la Cuesta, que vino de la península. Durante el mandato de Nicanor Menéndez como gobernador militar tuvieron lugar los horripilantes asesinatos en el muelle de Calafiguera y cementerio de Villa-Carlos de un gran número de militares, paisanos y sacerdotes que estaban detenidos en el vapor *Atlante.* Dichos actos sangrientos fueron permitidos y corroborados por el entonces comandante militar, ya que hasta incluso presenció personalmente dicho salvajismo.
>
> Al hacerse cargo de dicho gobierno militar José Brandaris de la Cuesta, puso algún coto a la anarquía que desde el 20 de julio reinaba en esta casa, pero en cambio abortó el complot nacionalista que un grupo de personas derechistas y de orden, entre ellas algunos militares, se fraguaba para el mes de mayo de 1937, ordenando inmediatamente la detención y encarcelamiento de todos cuantos estaban comprometidos en el mismo, cuya cárcel fue la del vapor *Atlante* surto en este puerto. Algunos de ellos fueron condenados por el tribunal popular a la última pena, a los que se les conmutó por la de cadena perpetua, y juntamente con los demás condenados fueron llevados a Barcelona y destinados a los batallones disciplinarios de Cataluña donde fallecieron la mayoría de ellos debido a los malos tratos sufridos.

Volviendo a la documentación del obispado, tras enunciar las destrucciones registradas en iglesias y conventos, concluye afirmando que «la revolución roja en Menorca tuvo un carácter especialmente iconoclasta. Ni una imagen quedó indemne

de las numerosas iglesias, capillas y oratorios de la isla. Incluso fueron derribadas en su totalidad las cruces de término, algunas muy antiguas y de no poco valor artístico. Igualmente fueron destrozadas metódicamente las efigies del Sagrado Corazón de Jesús que aparecían en las fachadas de muchísimas casas de Ciudadela. Prueba del ensañamiento con que se destruyó todo lo referente a las iglesias es la profanación de las tumbas de sacerdotes ilustres en la cripta de la catedral. Cuando fue saqueada esta, el día 27 de julio de 1936, los rojos perpetraron horrendas profanaciones de la Eucaristía y remedaron sacrílegamente algunas funciones del culto sagrado».

El mismo día murieron en Toledo Pedro Ruiz de los Paños y Ángel, de cincuenta y cuatro años, director del Instituto de Sacerdotes Operarios Diocesanos, y el sacerdote secular y rector del Seminario Menor de Toledo, José Sala Picó, de cuarenta y ocho años. Sacerdote desde 1905, Ruiz de los Paños dirigió los Operarios Diocesanos desde 1933, y preparó los documentos y constituciones para la fundación del Instituto Discípulas de Jesús, que se llevaría a cabo en la posguerra. Él y Sala Picó pernoctaron el día 22 en casa de otro sacerdote diocesano (aún no beatificado), Álvaro Cepeda.

Según el testimonio del sacerdote operario diocesano, Romualdo Carrillo Esteban, «don Pedro, años antes del martirio, venía pidiendo al Señor poder derramar su sangre por Él. Yo mismo vi varias veces que lo tenía escrito. En los ejercicios espirituales celebrados en Tortosa a fines de junio de 1936 nos habló de que debíamos estar preparados para el martirio». En la tarde del 22 de julio, unas trabajadoras de Telefónica llamaron al seminario para avisar de que ya habían matado a sacerdotes, por lo que se decidió marchar. Don Pedro habló a los operarios del seminario sobre la necesidad de prepararse para el martirio, y formaron tres grupos: él fue con Pedro Sala; Jaime Flores Martín (secretario particular de don Pedro) marchó con Tomás Torrente Massó (mayordomo del seminario); Guillermo Plaza Hernández (prefecto de teólogos) con dos seminaristas; y Miguel Amaro Ramírez marchó solo.

Pedro Ruiz de los Paños y su acompañante fueron a casa del maestro Salvador López Martín, pero en un piso vivía un socialista que se opuso a acogerlos, y no quisieron comprometer a López, por lo que se refugiaron en casa del sacerdote Álvaro Cepeda. Ruiz de los Paños habló largamente con doña Purificación Peláez y su hija, que vivían en el piso bajo de la casa. Según recuerda Romualdo Carrillo, habló «tan fervorosamente sobre el martirio, que me dijo la señora que, si le hubiesen pedido derramar la sangre por el Señor, lo hubiera hecho. Aquella misma noche, al despedirse de las religiosas terciarias que atendían la cocina del seminario, entre otras cosas les dijo que a ellas no les ocurriría nada, pero que a ellos, los operarios, les quitarían la vida. Ciertamente, a doña Purificación Peláez le dijo que al día siguiente los matarían».

En la habitación donde Ruiz de los Paños pasó su última noche, se encontró esta carta:

Toledo, 22 de julio de 1936.
Queridos hermanos:
Son las cinco y media de la tarde. Llevamos casi tres días de asedio militar. Bombas y tiros a millares. Una pena grandísima. Hoy ha caído junto al Seminario quizá la última que han lanzado. Por el eco de estos valles y, sobre todo, de esta casa tan grande, creen las pobres gentes de estos contornos que del Seminario han salido tiros. Pidiendo al Señor en la capilla hemos estado los días últimos a fin de que a todos los aplacase. No hemos podido hacer más. Pero ahora, con la calumnia propalada, será difícil salir del Seminario y no sé lo que sucederá. Es posible que seamos sometidos a cualquier requisa; es posible cualquier cosa en circunstancias tan anormales. Si me sucediera algo, os doy el adiós hasta el Cielo, adonde espero que Jesús me lleve con Él. Yo no tengo más deseo ni más esperanza que Jesús, de manera que allí os espero. De todos me acuerdo mucho, mucho; y como no puedo escribir a todos, valga esta carta para la Hermandad, para las carmelitas de ambas casas y de otras, para las discípulas… etc. A todos en Jesús haré sentir su divina misericordia. Que todos rueguen por mí. No sé si a vosotros os ha pasado algo. En el Cielo lo veré. Adiós.
Os abraza y quiere mucho vuestro hermano, Pedro

La detención de los tres sacerdotes fue narrada por la hermana de Cepeda:

Hacia las siete y media les preparé el desayuno, junto con mi hermano Álvaro, y apenas habían terminado de tomarlo, se presentaron unos milicianos, a quienes dio tabaco mi hermano y con quien conversaron con respeto y buenas formas. De repente irrumpieron otros cuantos milicianos, diciendo que de la casa habían salido tiros. Era la excusa que solían poner para allanar moradas. Fue inútil que don Álvaro asegurase lo contrario, llegando a jurar que tal no había ocurrido. Les dijo un miliciano: ustedes son maristas; y como no se conformasen con la negativa dada una y otra vez por don Pedro, este les dijo que eran superiores del Seminario; y enseguida dispusieron fueran los tres detenidos. Aunque hablaron de atarlos uno a otro, dijeron al fin que fuesen sueltos. Solo puedo decir que observé una paz y serenidad grandísimas en don Pedro, que no cesaba de dar a todos aliento y confianza en Dios.

El practicante Leandro de la Flor Pérez, que trabajaba en la Casa de Maternidad, en la calle de San Juan de Dios, junto a la sinagoga llamada del Tránsito, estaba lavándose a las nueve de la mañana del día 23, cuando oyó:

[…] un ruido considerable de muchas personas que en aquel momento pasaban por la calle de Reyes Católicos, precisamente debajo de la ventana de mi habitación, en el piso bajo de la Casa de Maternidad. Yo me asomé a la ventana, un poco oculto detrás de la persiana, y vi, a unos metros solamente de distancia, a unos veinte o treinta milicianos armados y algunas mujeres. En el momento de asomarme a la ventana oí que un miliciano dijo: «¡Pararsus!», y, parados, observé con todo detalle las personas de don Pedro Ruiz de los Paños, don José Sala y don Álvaro Cepeda, que estaban uno detrás de otro por el orden que les acabo de mencionar. Don Pedro llevaba un blusón de dril; las manos cerca del pecho, con un semblante sereno, y miraba repetidamente al cielo. Don José Sala iba vestido con un blusón de dril y con aspecto sereno. Don Álvaro Cepeda, de paisano, y con nerviosismo. Inmediatamente el miliciano dijo: «¡P’alante!», y don Pedro y don José anduvieron para adelante, así como don Álvaro, que recibió unos empujones de los milicianos. Entraron andando los tres sacerdotes, delante de los milicianos, en el Paseo del Tránsito, y yo les seguía viendo perfectamente con la cara pegada a la reja de mi ventana, desde la cual iba observando cuanto iba aconteciendo.

Estando a los pocos metros después de dejar la calle de Reyes Católicos, y muy próximos a un bando del Paseo del Tránsito, los tres sacerdotes dichos, oí una descarga de tiros que se sucedieron en gran número, descarga que hicieron los milicianos que los conducían, con los fusiles y otras armas de fuego que llevaban.

Yo vi cómo don Pedro cayó inmediatamente boca abajo con las manos extendidas hacia adelante, quedando en esta postura tendido en el suelo. Don José Sala se torció un poquito y también cayó al suelo. Don Álvaro Cepeda también se retorció y cayó boca arriba.

Así quedaron muertos, y los milicianos inmediatamente se retiraron, volviéndose por donde habían ido y volvieron a pasar por delante de mi ventana. Yo les oí decir: «¡Ya cayeron otros tres; a ver si terminamos con todos!». Desaparecieron, riéndose a carcajadas y celebrándolo ellos y las mujerucas

que les acompañaban. Los cadáveres permanecieron en el mismo sitio, sin que nadie los tocara, hasta el mediodía, alrededor de la una.

Los otros cuatro beatos del 23 de julio son:

Los salesianos de la comunidad-colegio de Atocha Victoriano Fernández Reinoso (seminarista de veintitrés años, que había profesado en Guadalajara en 1933) y Emilio Arce Díez (coadjutor de veintisiete años, que profesó en Carabanchel Alto en 1926). Ambos huyeron del colegio el día 19. Victoriano se instaló el día 22 en la pensión La Giralda, en la calle Esparteros, 6, donde también se había refugiado don Emilio Arce. Ambos decidieron ir al colegio el 23 de julio. Cuando, en compañía de un antiguo alumno, subían por la calle Argumosa, fueron reconocidos como religiosos salesianos y unos milicianos que rondaban por allí los detuvieron y condujeron al comité socialista de la calle Valencia. Emilio y el antiguo alumno fueron puestos en libertad. De Victoriano nunca más se supo. Emilio fue arrestado de nuevo cerca del colegio y, según testigos de oídas, conducido a la Casa de Campo, donde, antes de ser ejecutado, pidió licencia a sus asesinos para hablar y gritó por tres veces: «¡Viva Cristo Rey!», antes de caer muerto.

El también salesiano Javier Bordás Piferrer, de veintiún años, de la comunidad del colegio del Santo Ángel de Sarrià. Profesó en Girona en 1932, y estudiaba Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma, de donde regresó el 17 de julio. Al acercarse de vacaciones a su casa, fue denunciado a los milicianos, y asesinado el 23 de julio de 1936 en Barcelona.

Lluís Janer Riba, de cincuenta y seis años, perteneciente al clero secular de la catedral de Tarragona como «monje sacristán», es la primera persona asesinada en dicha provincia que ha sido beatificada (en 2013). Según Francesc Basco Graciá, «vivía en una casa de la plaza del Fórum. Tres milicianos lo descubrieron en el balcón, le obligaron a bajar a la calle y a quitarse la sotana. Le dispararon a quemarropa y cayó en el portal de su casa. Ensotanado y ensangrentado, arrastraron sus restos hasta un montón de escombros para que se lo llevara el carro de la basura».

Los oblatos de Pozuelo y las carmelitas de Guadalajara

Entre las veintisiete personas beatificadas que murieron el viernes 24 de julio, el grupo más numeroso es el de los oblatos de la localidad madrileña de Pozuelo de Alarcón. Sobre lo sucedido dio cuenta un superviviente, Antonio Jambrina:

> La comunidad de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada de Pozuelo es asaltada violentamente por los milicianos y hecha prisionera en su propia casa. Constaba de unos cuarenta miembros: sacerdotes, hermanos coadjutores y treinta y dos estudiantes, todos religiosos profesos. El superior y los profesores tomaron la resolución de permanecer en Pozuelo y velar por nuestra vida comunitaria y religiosa, por encima de cualquier otra consideración. Los dirigentes políticos y sindicales de Pozuelo no se han dormido: deciden poner la casa del pueblo en el convento, trasladándose a él la dirección del Frente Popular, y en los cuartos de los profesores se instalan ellos. El presidente, Porras, lo hace en el del P. Superior. Guerrero, *El Patillas*, de Izquierda Republicana, en el

del P. Monje. Mientras tanto las milicias andan en el pueblo a la caza de los más significados hombres de derechas y jóvenes militantes en la Falange, o en los partidos del Bloque Nacional o la CEDA. De cuando en cuando, durante todo el día van trayendo a varios ciudadanos.

El turno de los religiosos llega el día 24, según Jambrina:

> A eso de las 3.30 de la madrugada, Arturo Porras —teniente de alcalde del pueblo de Pozuelo— y los miembros del comité que preside se presentan en el comedor y ordenan que salgamos al pasillo. Todos nos hemos enterado del interrogatorio que ha sufrido Pascual Aláez, pero ignoramos los nombres que ha facilitado. Por esta razón estoy convencido de que me llamarán en primer lugar y me dirijo hacia la puerta de salida, colocándome el primero al lado derecho; cuando todos formamos en dos filas, Porras, en el centro del pasillo, a la altura de las escalera, indica que los que nombre salgan al jardín y suban a los automóviles que en él se encuentran. En efecto, los que estamos junto a la puerta de salida observamos dos coches negros; reconozco el Chevrolet de la baronesa Sra. de Allende, nuestra vecina, a la que se lo han requisado. El otro me pareció un Hispano-Suiza.

Porras llamó al sacerdote y profesor de veintiocho años Juan Antonio Pérez Mayo, a los subdiáconos Manuel González Martín (veintitrés años) y Cecilio Vega Domínguez (veintidós años, al parecer buscaban al sacerdote José Vega y lo confundieron con él), y a los estudiantes Juan Pedro del Cotillo Fernández (veintidós años), Francisco Polvorinos Gómez (veintiséis años, catequista de Aravaca), Justo González Lorente (veintiún años) y Pascual Aláez Medina (diecinueve años) y al laico Cándido Castán San José, de cuarenta y dos años, exconcejal de Madrid, empleado de la Compañía del Norte, católico ferviente, detenido en unas de las habitaciones de la planta baja del seminario.

Los seleccionados fueron fusilados junto a las tapias del cementerio de Aravaca (en la calle Camino Zarzuela, lo que habría supuesto un trayecto de apenas cuatro kilómetros) o en las de la Casa de Campo (a la que se llega continuando por esa misma calle), y el sacerdote les pudo absolver previamente. Después de la guerra, la viuda y familiares de Cándido Castán reconocieron sus restos.

Castán, natural de Benifayó (Valencia), se había casado con Francisca Guiral Sorlí (tuvieron un hijo y una hija) en 1919, año en que fue elegido vicepresidente del Comité Federativo de los Sindicatos Católicos de Obreros, que presidió entre 1924 y 1928. También presidió a los ferroviarios católicos, sección Madrid-Norte. Junto con otros residentes de la Colonia de San José de Pozuelo, contribuyó a fundar la Capilla de Nuestra Señora de las Angustias en la calle del Plantío. Durante la dictadura fue miembro de la Unión Patriótica, nombrado en 1925 concejal suplente del Ayuntamiento de Madrid y en 1927 concejal jurado del distrito Centro-Hospicio y miembro de la Asamblea Nacional Corporativa. Compartió puesto con el socialista Andrés Saborit en la subcomisión de Propaganda de la Organización Corporativa Nacional (1927), pasando en 1930 al Consejo de Trabajo. El 12 de junio de 1933 fue elegido consejero auxiliar de Renovación Española (el partido de Calvo-Sotelo: no era, por tanto, carlista, aunque Jambrina lo afirma por error). Su domicilio ya había sido registrado el 18 de julio por milicianos, que el 19 entraban en el convento-seminario, donde se instalarían el día 22, arrestando a los treinta y ocho oblatos en el comedor (de 4 por 5,50 metros). Castán fue arrestado a mediodía del 23 en su casa

por «milicianos del comité revolucionario de Pozuelo», en presencia solo de su hija, que relataría: «Mi padre me dio el anillo de casado y las llaves de la casa diciéndome que se lo entregase a mi madre. Se lo llevaron al Convento de los Padres Oblatos y por el camino se encontró con mi madre y mi hermano que volvían de la compra. Mi madre le preparó la comida y la cena y se las llevó. Al día siguiente le preparó el desayuno y cuando se lo llevó ya no estaba en el convento. En mi casa, mi madre tuvo siempre a mi padre por mártir, porque sabía que la única causa de su muerte fue la religión».

Del teniente de alcalde que acompañó al socialista Antonio Porras en esta saca, publicaría el *ABC* del 4 de agosto (p. 38) un elogio titulado «La honradez de las milicias», asegurando que «había entregado al gobernador civil acciones por valor de 13.000 pesetas, más otras 7.000 en resguardo de la Caja de Ahorros y del Banco Urquijo, encontrados en la incautación del Convento de los Padres Oblatos de dicho pueblo».

Siempre dentro de la provincia de Madrid, murieron en la víspera de Santiago cinco religiosos que han sido beatificados; entre ellos, los dos primeros agustinos, José Joaquín Esnaola Urteaga —sacerdote de treinta y ocho años— y Antonio María Arriaga Anduiza —estudiante de Teología de treinta y dos años—, e Ignacio González Calzada (hermano Rogaciano en la congregación de La Salle), de cincuenta y un años. Los primeros fueron los únicos de Madrid y El Escorial no asesinados en Paracuellos, sino, respectivamente y en fecha mucho más temprana, en Leganés y Madrid. A ellos hay que sumar los maristas Braulio Álvarez Palacín (hermano Camerino, treinta y seis años) y Pablo Martínez Esteban (hermano Gaspar, treinta y ocho años).

Los hermanos Camerino y Gaspar son los primeros de los cinco maristas mártires del colegio de Los Madrazo, fundado en 1902, cuyo portero declaró que «los hermanos, no solo sufrieron el martirio, sino que antes sufrieron toda clase de humillaciones y de insultos. La chusma llegaba al Colegio y gritaba: “Muerte a los curas”… Los milicianos entraron en el colegio, y yo fui testigo de la rapiña, especialmente de los objetos de culto, rompían los crucifijos a hachazos; lo mismo con los libros de oración, los rompían y los tiraban por el suelo». Tras el asalto del día 20, los hermanos Gaspar y Camerino se alojan en la pensión Posada de San Blas, registrada por milicianos a las once de la noche del 22, según relata el portero:

> Me preguntaron sobre algunos sacerdotes que estarían alojados en la pensión. Consulté el registro de inscripciones y les dije insistentemente que ningún sacerdote estaba inscrito. Uno de los milicianos me replicó que estaba seguro de que había sacerdotes pero que estaban inscritos como profesores. Sin más explicación, suben al piso y empiezan a abrir las puertas de las habitaciones. Abren la puerta de la habitación donde estaban los HH. Gaspar y Camerino. Les preguntan si son religiosos. Lejos de negarlo, lo reconocen con toda naturalidad. Los milicianos les hacen señas para que les sigan. «Les seguimos», responden con sencillez y sin protestar los hermanos. Su semblante estaba sereno; todo se desarrolló sin violencia, sin miedo, sin histerismo, sin ninguna manifestación de pánico. Siguieron tranquilamente a los milicianos. Desde entonces, nos ha sido imposible tener noticias de ellos.

El mismo día 24 fueron asesinadas las tres carmelitas descalzas de Guadalajara que el 29 de marzo de 1987 se convirtieron en las primeras víctimas de la guerra beatificadas: Jacoba Martínez García (María Pilar de San Francisco de Borja), de cincuenta y ocho años; Marciana Valtierra Tordesillas (María Ángeles de San José), de treinta y uno, y Eusebia García García (Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz), de veintisiete. Según la página web de la causa de canonización, las dieciocho carmelitas del convento alcarreño «se enardecían unas a otras en las recreaciones con un ansia creciente del martirio, el cual esperaban alcanzar de la misericordia del Señor». María Pilar, la de más edad, decía: «Si nos llevan al martirio iremos cantando *Corazón Santo, tú reinarás*». «Yo desearía morir al grito de ¡viva Cristo Rey!», contestaba la Beata Teresa; y comentaba: «Los mártires en el Cielo tendrán particular amor a sus verdugos, por la gran felicidad que les proporcionaron». La Beata María Ángeles le decía a una hermana que tenía a su lado: «¡El martirio! ¡Qué dicha tan grande! Pero no soy digna de esa gracia. Hay que alcanzarla con la fidelidad en las cosas pequeñas».

Tras el triunfo de la revolución en Guadalajara, el 22 de julio, las monjas vistieron de seglar y salieron de dos en dos hacia casas de personas conocidas. El 24, al estar muchas en una casa, la hermana Teresa se ofreció a llevar a dos hermanas a casa de una amiga suya. Las hermanas Pilar y Ángeles aceptaron y las tres fueron a las cuatro de la tarde hacia la casa número 5 de la calle Francisco Cuesta. Pasaron junto a un camión en el que comían unos milicianos, y una miliciana al verlas gritó:

—¡Disparadlas, son monjas!

Saltando del camión, los milicianos obligaron a las carmelitas, que ya habían entrado en el portal, a salir a la calle. La primera fue la hermana María Ángeles, a la que disparan y cae mortalmente herida. María Pilar también cae herida, pero al ver que no está muerta siguen disparándole y hasta le acuchillan, mientras exclama:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Dios mío, perdónalos!

Un guardia de asalto la lleva a una farmacia cercana y de ahí a la Cruz Roja, donde María Carrasco le oyó decir:

—No me deje, señora, que no me toquen. ¿Pero qué les he hecho yo?, ¡perdónales, Señor!

Una ambulancia la llevó al Hospital Provincial, donde se observó que tenía una perdigonada en el vientre, rotas la columna vertebral y una pierna, y un riñón al descubierto. El director avisó a una hermana de la caridad, que le dio a besar un crucifijo. María Ángeles murió repitiendo:

—Perdónales, perdónales…

Mientras las otras dos monjas resultan heridas, la hermana Teresa trata de entrar en el hotel Palace, pero se lo impiden los milicianos. Uno de ellos trata de cogerla por el brazo y ella lo rechaza con energía. Él, obligándole a ir por la calle de San Juan de Dios, le dice:

—No te asustes, esos son unos brutos; te llevaré adonde no te pase nada.

Mientras la hermana Teresa repite sin cesar «Jesús, Jesús», cruzan el puente-ronda de San Antonio y giran a la derecha, camino del cementerio. Los milicianos van formando un grupo y le exigen gritar vivas al comunismo, pero ella abre sus brazos en cruz y echa a correr gritando:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!

Hasta que es abatida por la espalda. Eusebia García había sido la segunda de ocho hermanos. Su tío sacerdote, Florentino García Morea, fue detenido en la parroquia de San Pedro de Sigüenza al día siguiente de la muerte de su sobrina, y fusilado en el paraje La Hortaza, camino de Barbatona, al amanecer del 11 de agosto. La joven quiso hacerse carmelita tras leer la *Historia de un alma* de Santa Teresa del Niño Jesús. Ingresó en el Carmelo con dieciséis años en 1925 y pronunció los votos solemnes en 1930. Uno de los comentarios que se le recuerdan, ya que era de fuerte carácter, es el siguiente: «No me gustan las vidas de los santos en las que solo hablan de sus virtudes, ocultando sus faltas y combates. Cuando yo muera, no oculten mis defectos para que brille más la misericordia de Jesús para conmigo».

La hermana María Pilar, Jacoba Martínez García, la mayor de las tres, fue la menor de once hermanos, ocho de los cuales murieron en la infancia, y los supervivientes fueron uno sacerdote y dos religiosas. Contaba quince años cuando su hermana entró en el Carmelo, y a quienes le preguntaban, Jacoba decía siempre que no quería ser monja. Su madre le insinuaba:

—Contesta, hija: «Lo que Dios quiera».

—Madre, ¿cómo voy a decir «lo que Dios quiera» si yo no quiero ser monja?

—¿Y si Dios quiere que lo seas?

—Si yo no quiero ser, ¿cómo lo va a querer Dios? Vaya, madre, que yo no quiero ser monja.

Pero, después de la profesión de su hermana, quiso entrar ella, y por no haber sitio, tuvo que esperar cuatro años. Por fin, ingresó en 1898 y profesó en 1899.

María Ángeles —Marciana Valtierra Tordesillas— fue también la última de once hermanos, seis de los cuales murieron niños. Perdió a su madre cuando contaba tres años, y por cuidar de su padre no pudo entrar en el Carmelo de San José hasta los veinticuatro.

El mismo día que las de Guadalajara, fueron asesinados dos carmelitas descalzos varones, ya beatificados, en Barcelona. Se trata de (Jaime de Santa Teresa) Gascón Bordás, de cincuenta años, y José (Romualdo de Santa Catalina) Guillamí Rodóy, de setenta. El primero murió en el hospital de resultas de las heridas que sufrió al ser golpeado y arrastrado al salir del Convento de los Carmelitas de la Diagonal el 20 de julio. Tras profesar en el Desierto de las Palmas en 1903, fue ordenado sacerdote en Zaragoza en 1909. Llevaba en Barcelona desde 1918; era diabético y de salud delicada.

El padre Romualdo de Santa Catalina, en cambio, logró salir del convento y se refugió en casa de sus padres, donde lo arrestaron dos días más tarde unos milicianos

que hacían un registro. Probablemente fue asesinado en L'Arrabassada. Había profesado en 1882 en el Desierto de las Palmas y era sacerdote desde 1890. Tres años más tarde, era rector de la comunidad del Monte Carmelo en Israel y párroco de Haifa. Regresó a Barcelona en 1905, ejerciendo cargos diversos y fomentando, además de traducir, las obras de Santa Teresa de Lisieux.

También ese día murió en L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona) uno de los laicos beatificados, Miguel Peiró Victorí, de cuarenta y nueve años, responsable de una fábrica textil. Casado desde 1915 y miembro de la orden seglar dominicana; tenía un hijo estudiante dominico, fray José, que murió en 1938, y un hermano, Ramón, que moriría mártir. Para interesarse por su hermano bajó el 24 de julio a Barcelona. Regresó al atardecer y rezó el rosario en familia. Hacia las once de la noche lo apresaron en su casa. Se despidió de su esposa con un «hasta el Cielo». Poco después se oyeron unos disparos. Su mujer exigió que en el ataúd se colocara el crucifijo.

En Lleida fueron asesinados el sacerdote carmelita Juan de Jesús Vilaregut Farré y el religioso de la misma congregación Josep Olivé Vivó (Bartomeu de la Pasión).

En la localidad abulense de Cebreros fue inmolado la víspera del patrón de España el párroco José Máximo Moro Briz, de cincuenta y cuatro años, hijo de un matrimonio salmantino que contará entre sus siete vástagos a dos sacerdotes —uno de ellos, Santos, ya entonces obispo de Ávila— y una monja, Modesta, que será asesinada el 30 de octubre. El que durante diez años fuera párroco de Cebreros fue detenido a mediodía del 24 por una veintena de milicianos de la FAI, que se lo llevaron en una camioneta. Se detuvieron en el puente de Valmoscoso, apenas a un kilómetro del centro del pueblo, en la carretera a El Tiemblo (AV-512, hoy). En la cuneta, se disparó un tiro que hirió mortalmente a un miliciano, al que Moro absolvió, al igual que perdonaba al resto mientras lo acribillaban. Eran casi las 16.30 horas. Su coadjutor desde 1928, Zacarías Cecilio Martín y Martín, sería sacado de Cebreros con otros setenta y un habitantes, ante la inminente entrada de los nacionales, y fusilado en Pelayos de la Presa (Madrid) el 3 de octubre, junto al puente de San Juan sobre el Alberche. Tenía cincuenta y dos años, y su cuerpo, como el de cuarenta y cuatro víctimas de esa matanza del día 3, fue rociado con gasolina y quemado. Otras diecinueve fueron asesinadas al día siguiente en el cruce de la carretera de San Martín de Valdeiglesias con la de Extremadura y cerca del ferrocarril de vía estrecha, en Alcorcón.

El 24 de julio presenció los asesinatos de dos salesianos —Antonio Dionisio Torrero Luque, de cuarenta y siete años, y Antonio Enrique Canut Isús, de sesenta y dos— en Ronda (Málaga); el sacerdote regente de Solivella (Tarragona), Jaume Sanromà Solé, de cincuenta y seis años; el claretiano Antoni Capdevila Balcells, de cuarenta y dos, en la misma provincia; y el hermano lasaliano Marcos Morón Casas, de treinta y siete años, en Barcelona.

Torrero Luque era el mayor de los diez hijos de un zapatero cordobés, profesó en 1907, fue ordenado sacerdote en 1913, y dirigía en Ronda el colegio El Castillo. En

Ronda habían quemado el 19 de julio la iglesia de los Descalzos y el día 20 otros catorce templos. Los salesianos fueron respetados incluso a mediodía del 21, cuando los milicianos armados hicieron un primer registro. El día 23 fue más duro, y cada salesiano fue cacheado entre insultos y blasfemias. Conminado a decir dónde escondía armas, el director contestó:

—Disparadme si queréis, pero sabed que matáis a un inocente.

En el saqueo consiguiente, quemaron ornamentos e imágenes, y profanaron la Eucaristía. El día 24 concentraron a todos los salesianos en el cuarto del portero mientras volvían a registrar concienzudamente. Hacia la una los expulsaron del colegio, y mientras recogían sus cosas les conminaban:

—Ahora en vez de tantos padrenuestros, gritad con nosotros y bien fuerte: ¡Viva el comunismo libertario!

Torrero estaba emocionado hasta el punto de no poder despedirse mientras se abrazaban:

—Bueno, adiós hijitos. Hasta el…

Cuatro milicianos condujeron a Torrero y al más anciano de los salesianos, Enrique Canut, a casa de José Furest, cooperador salesiano que a los pocos días será también asesinado. Torrero saludó allí a un amigo médico:

—Apriete fuerte, que está abrazando a un mártir.

Al atardecer, varios milicianos se llevaron a los salesianos, prometiendo:

—Estén tranquilos, que no les pasará nada malo.

Salieron hacia el barrio de San Francisco, subiendo la calle Cuesta de las Imágenes. Enrique Canut, anciano, veía poco, y Antonio Torrero, que sufría de hemiplejia, tampoco podía andar deprisa. Ambos cayeron varias veces. En el Huerto del Gómez, los milicianos discuten y atan con alambres las manos de los presos. Después, uno detrás del otro, los fusilan entre los peñascos del lugar llamado Corral de los Potros. Las últimas palabras de Torrero fueron: «Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen». Los cadáveres quedaron veinticuatro horas en el campo. El médico que hizo la autopsia declaró en el proceso de beatificación: «El padre Torrero tenía su sonrisa habitual. Por las heridas hinchadas, con rasguños y pérdida de piel, por las ropas llenas de polvo, se deducía que los habían arrastrado antes de expirar. Los presentes en la autopsia decían que los mártires los habían perdonado».

En Solivella (Tarragona), los afiliados al Requeté patrullaron armados las calles del pueblo al atardecer del 18 de julio. El 19 llegaron de Tarragona dos representantes del tradicionalismo, apellidados Recasens y Virgili, pidiendo auxilio para el alzamiento, por lo que cinco vecinos marcharon a pie hacia la capital, siendo detenidos en un control de milicianos en Valls e internados en un barco prisión, donde serían asesinados el 28 de agosto. Los tradicionalistas, no obstante un bando para que se retiraran a sus casas, continuaron patrullando las calles de Solivella hasta el día 21. Siempre según la documentación del legajo 1446, expediente 24 de la Causa General, en una reunión del día 22 se decidió «casi por unanimidad» deponer las armas, pero

los carlistas Tomás Español Saperas y Alfonso Iglesias Creus lograron revertir la decisión argumentando, respectivamente, que «el marxismo únicamente había triunfado en Rusia y caso de triunfar en España lo sería momentáneamente» y «que los marxistas tenían una lista en la que figuraban muchos elementos de orden, los cuales tenían que ser detenidos y asesinados».

En la tarde del 23 llegó a Solivella «el primer camión cargado de elementos rojos», que fueron en busca de los derechistas parapetados. Dos vecinos que iban con los atacantes resultaron muertos, por lo que «los rojos se retiraron precipitadamente, marchando todos a las afueras de la población y algunos de ellos salieron a pedir refuerzos por los pueblos de la comarca, especialmente a Montblanc». A las pocas horas llegó «un crecido número de camiones de elementos marxistas entre los que figuraban guardias de asalto y guardias republicanos calculándose aproximadamente en unos 3.000 los atacantes». Al amanecer del 24 asaltaron el pueblo «con nutrido fuego de fusilería y bombas de mano sin que por esto cesaran la resistencia y decayera el ánimo» de los cercados. Al sufrir bajas, los atacantes «se retiraron de las calles» y volvieron por los tejados, pero al no conseguir cercar las casas de los resistentes, «hicieron correr el rumor de que venía la aviación roja a bombardear dicha localidad, por cuyo motivo obligaron a los vecinos a evacuar el pueblo, circunstancia esta que aprovecharon para asesinar al cura párroco de la localidad don Jaime Sanromá y al vecino afiliado al Requeté Jesús Tarrago Castro; viendo que a pesar de todo eso no se rendían cogieron al vecino y compañero de partido Matías Ribas y lo cargaron de bombas de mano y amenazándole con los fusiles le obligaron a que fuese a tirar dichas bombas a las casas donde se encontraban haciéndose fuertes sus demás compañeros», pero al decirle estos que le dispararían, «emprendió la fuga en dirección al campo en medio de un nutrido fuego de fusilería por parte de los marxistas, no siendo tocado por ningún proyectil; acto seguido hicieron repetir la misma hazaña al vecino Brino Torres, sufriendo este dos heridas por parte de sus mismos compañeros sitiados; a pesar de encontrarse herido, los marxistas no desistieron de su actitud y le obligaron a que llegara a la casa donde se encontraban los defensores y a grandes gritos y a la vez desangrándose les dijo que se rindieran que no les pasaría nada o de lo contrario asesinarían a todos sus familiares, contestándole los sitiados que no se rendirían y además le intimidaron para que no les tirase a ellos las bombas», por lo que el herido se retiró y, aunque hubo un amago de asesinarlo, lo llevaron al hospital de Montblanc. Entonces los atacantes «obligaron a las mujeres de los de derechas a pasearse por delante de los edificios donde se encontraban los sitiados, haciéndolo bajo un nutrido fuego (por ambas partes) y en vista de ello y en evitación de que pudieran morir las mujeres determinaron unos la rendición y otros el darse a la fuga antes que entregarse, consiguiéndolo estos con pleno éxito. Los que se rindieron lo hicieron el día 24 de julio del año 1936, sobre las 16 horas, estos inmediatamente fueron conducidos a una casa que los dirigentes marxistas habían habilitado como cuartel general rojo, allí los ataron de pies y manos

y después de atropellados bárbaramente asesinados». En su escrito fechado el 20 de enero de 1941, el comandante del puesto de la Guardia Civil en Sarreal, Francisco Gordo González, estimaba en cuarenta los que se sumaron a la sublevación. En lista nominal —que firma el mismo comandante el 18 de febrero—, aparecen veintisiete que fueron asesinados, dos fallecidos de muerte natural y veintidós supervivientes, lo que hace un total de cincuenta y uno. El estado hace responsable de la muerte del sacerdote por «disparo de arma de fuego» a Andrés Pinén March y Antonio Montañola Ribera, fugados al extranjero.

Antoni Capdevila Balcells, hermano de la comunidad claretiana de La Selva del Camp, fue el primero en morir de los misioneros hijos del Inmaculado Corazón de María beatificados. Había sido sastre en el colegio de Cervera y profesor en otros centros claretianos. El 23 de julio llevó al anciano y enfermo hermano Ramón Garcés al Asilo de las Hermanitas de Reus. Al regresar el día 24, con el propósito de ir hasta Mollerusa, fue detenido en la estación de Vimbodí. Lo pasearon por las calles hasta el comité, le robaron el dinero que llevaba y a eso del mediodía lo condujeron hasta el lugar llamado el Puntarró, unos quinientos metros en dirección a Lleida. Pidió el hermano que le dieran un tiempo para prepararse a bien morir; se descubrió con toda naturalidad la cabeza y oró breves instantes encomendando su alma a Dios. Cuando hubo terminado, con la misma calma, avisó a sus verdugos. Una ráfaga de disparos lo abatió por tierra. Gentes del lugar recogieron y guardaron con veneración pequeñas piedras salpicadas con la sangre de quien consideraban mártir.

Marcos Morón Casas (hermano Indalecio de María) profesó en 1914 y estuvo en el Colegio Condal de Barcelona hasta 1921, cuando partió asignado al Cuerpo Sanitario Militar en Melilla y obtuvo dos condecoraciones a raíz del Desastre de Annual. Tras dispersarse el 20 de julio la comunidad del Colegio Condal, estuvo en casa de unos conocidos y luego en la de su tío Agustín Morón, en el pasaje Frígola (barrio de Gracia), donde por equivocación lo encontraron, mientras rezaba, unos milicianos que buscaban a otra persona y lo llevaron a matar a L'Arrabassada, mientras la tía del marista perseguía por la calle al coche en que lo llevaban, hasta que no pudo correr más. Su ficha en el depósito de cadáveres indicaba el 24 de julio como fecha de la muerte y como profesión «cura».

El cementerio de Montcada i Reixac (Collserola)

Entre los 33 beatificados del día de Santiago, hay cinco hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle) y dos carmelitas descalzos, ejecutados en Montcada i Reixac, cuyo cementerio terminará por ser el lugar más frecuentado para las ejecuciones extrajudiciales en esa provincia. Los carmelitas estaban de paso en Barcelona: eran Jaime Balcells Grau (Gabriel de la Anunciación, veintisiete años) y Ricardo Farré Masip (Eduardo del Niño Jesús), de treinta y nueve. Este se había ordenado sacerdote